



1882

1883

1884

1885

1886

1887

1888

1889

1890

1891

1892

1893

1894

1895

1896

1897

1898

1899

1900

1901

1902

1903

1904

1905

1906

1907

1908

1909

1910

1911

1912

1913

1914

1915

1916

1917

1918

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

1929

1930

1931

1932

1933

1934

1935

1936

1937

1938

1939

1940

1941

1942

1943

1944

1945

1946

1947

1948

1949

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

2026

2027

2028

2029

2030

2031

2032

2033

2034

2035

2036

2037

2038

2039

2040

2041

2042

2043

2044

2045

2046

2047

2048

2049

2050

2051

2052

2053

2054

2055

2056

2057

2058

2059

2060

2061

2062

2063

2064

2065

2066

2067

2068

2069

2070

2071

2072

2073

2074

2075

2076

2077

2078

2079

2080

2081

2082

2083

2084

2085

2086

2087

2088

2089

2090

2091

2092

2093

2094

2095

2096

2097

2098

2099

2100

2101

2102

2103

2104

2105

2106

2107

2108

2109

2110

2111

2112

2113

2114

2115

2116

2117

2118

2119

2120

2121

2122

2123

2124

2125

2126

2127

2128

2129

2130

2131

2132

2133

2134

2135

2136

2137

2138

2139

2140

2141

2142

2143

2144

2145

2146

2147

2148

2149

2150

2151

2152

2153

2154

2155

2156

2157

2158

2159

2160

2161

2162

2163

2164

2165

2166

2167

2168

2169

2170

2171

2172

2173

2174

2175

2176

2177

2178

2179

2180

2181

2182

2183

2184

2185

2186

2187

2188

2189

2190

2191

2192

2193

2194

2195

2196

2197

2198

2199

2200

2201

2202

2203

<



1020027782



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ODAS
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICHARDO COWARMBIAS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



E. MARQUINA

ODAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA
TIPOGRAFIA LA ACADÉMICA, DE SERRA H^{nos} Y RUSSELL
Ronda Universidad, 6; Teléfono 861
1900

099701

32159

861
M.

PQ 6623
.A7
O3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSO X
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



Prólogo

¡ Oh, sed como estaciones que se cambian,
palabras mías, pensamientos míos,
y como días claros, sucediendo
á los días oscuros en el año !
¡ Sed como turba de profetas, llenos
de la visión de Dios sin que ninguno
se confunda con él ! ¡ como las hojas
multicolores del clavel sangriento
y las cintas del Iris !

He mirado
á las blancas regiones de las nieves
y á los mares del Sur; al religioso
tropol de las palmeras orientales
y á los templos, sin luz, del occidente
y por debajo del diverso cuerpo
ha sentido latir un alma misma
y por encima de las varias nubes
vivir un mismo Dios.

Acciones mías,
palabras de mis labios, pensamientos
de mi cerebro ardiente, habéis brotado



de mis propias entrañas, como el hijo del seno de su madre; yo os adoro como, tendiendo las amantes alas, adora á sus polluelos la gallina, como la oveja al corderillo joven; pero os doy libertad; cruzad el mundo en todas direcciones; sepultaos en todos los abismos; atreveos contra todos los montes: que las nubes os ciernan, lechos de vapor, encima de todas las espumas y que caiga sobre vuestras cabezas el bautismo de todas las estrellas; hijas mías, ideas y palabras y canciones, yo os doy mi bendición y en vuestras frentes pongo mis labios al partir: salíos de la tutela paternal; echaos á la gigante hoguera de la vida para aumentar el fuego, y solitario dejadme, en el retiro de mi mismo, como pequeño nido entre las ramas de un gigante del Líbano, que, abierto á todos los esposos, ha guardado y ha entregado á los airesavecillas de todas las especies.

Permitidme que abra los brazos con amor, y bese los labios encarnados y los labios pálidos con la tinta de los lirios; que visite el hogar de los enfermos y tome parte en la animada fiesta de los que vuelven de una boda; oigamos

la voz de las campanas y el gemido de los encarcelados; penetremos en el Templo, donde hablan los doctores y en el mar, donde brillan los corales!

¡Dante, gran padre Dante, te seguimos al Paraíso y al Infierno! — Somos como lirios, que en manos de la Vida, vibran continuamente y respondemos al amor y á la fe y á los dolores, porque amamos, creemos y sufrimos alternativamente.

¡Ideas mías, canciones mías, entusiasmos míos, que ni el aplauso de unos os complazca ni os contenga el silencio de los otros! Salid, volad, luchad, constantemente, llenos de libertad, sin esconderos, sin poneros de acuerdo, sin que nadie os obligue á partir, ni con un grito detenga vuestra marcha: allá vais todos al aire libre de la eterna Vida, como los ríos á la mar!

Y en tanto conmigo mismo á solas, en la calma de la contemplación, yo he de sentirme siempre igual, siempre el mismo, rodeado de mis Ideas varias, como el hombre es, en la infancia y la vejez, el mismo; como es la misma una canción escrita en diversos idiomas.

Yo prometo
no apartarme jamás, Fuerza ignorada,
corazón mio oculto, de tus voces
ni de tu inspiración, aunque me dictes
opuestas enseñanzas y canciones
contradictorias ¿ qué hay, sobre la Tierra,
que no pueda ligarse, cuando vemos,
en la quietud del panteón unirse
la vida con la muerte, y las tinieblas
tejerse con la luz en el crepúsculo.

Vida mía interior, Esfinge oculta,
Llama que te alimentas de tí misma,
— como el mar se alimenta de las nubes
que han nacido en su seno — yo te ofrezco
las víctimas que quieras; solamente
sobre tu altar oficiaré, y, en vano,
veré fuera de mí, templos, altares
y dioses — que han quedado como fósiles
del gran diluvio de los tiempos — habla,
Sibila de mi espíritu y tus órdenes
se cumplirán; Esposa mía, pide
y serán satisfechos tus deseos.

¡ Mira! ¡ Cuánta riqueza! Campos verdes,
aire azul, rosas frescas, resonante
ruido de espadas y crujir de besos,
tempestades y auroras, senos blancos
y heridas palpitantes... ¡ Todo es tuyo!
— De ese gran mar de la existencia humana
yo haré brotar las Islas que tú quieras.



El Himno del Gladiador

Soy gladiador porque la paz embota
las duras armas del valor antiguo:
los ciudadanos bien cebados, piden
hembras y vino.

Soy gladiador porque en mi pecho siento
tronar las voces y crujir los himnos,
con que mis padres á triunfar corrían
enardecidos.

Nacido soy para empuñar las armas:
para el trabajo y el luchar continuo,
y entre los hombres de bordadas túnicas
paso inactivo.

Yo os aconsejo, senadores serios,
de anchas testuces y de cráneo liso,
yo os aconsejo que temáis las cortas
luchas del Circo

Yo prometo
no apartarme jamás, Fuerza ignorada,
corazón mio oculto, de tus voces
ni de tu inspiración, aunque me dictes
opuestas enseñanzas y canciones
contradictorias ¿ qué hay, sobre la Tierra,
que no pueda ligarse, cuando vemos,
en la quietud del panteón unirse
la vida con la muerte, y las tinieblas
tejerse con la luz en el crepúsculo.

Vida mía interior, Esfinge oculta,
Llama que te alimentas de tí misma,
— como el mar se alimenta de las nubes
que han nacido en su seno — yo te ofrezco
las víctimas que quieras; solamente
sobre tu altar oficiaré, y, en vano,
veré fuera de mí, templos, altares
y dioses — que han quedado como fósiles
del gran diluvio de los tiempos — habla,
Sibila de mi espíritu y tus órdenes
se cumplirán; Esposa mía, pide
y serán satisfechos tus deseos.

¡ Mira! ¡ Cuánta riqueza! Campos verdes,
aire azul, rosas frescas, resonante
ruido de espadas y crujir de besos,
tempestades y auroras, senos blancos
y heridas palpitantes... ¡ Todo es tuyo!
— De ese gran mar de la existencia humana
yo haré brotar las Islas que tú quieras.



El Himno del Gladiador

Soy gladiador porque la paz embota
las duras armas del valor antiguo:
los ciudadanos bien cebados, piden
hembras y vino.

Soy gladiador porque en mi pecho siento
tronar las voces y crujir los himnos,
con que mis padres á triunfar corrían
enardecidos.

Nacido soy para empuñar las armas:
para el trabajo y el luchar continuo,
y entre los hombres de bordadas túnicas
paso inactivo.

Yo os aconsejo, senadores serios,
de anchas testuces y de cráneo liso,
yo os aconsejo que temáis las cortas
luchas del Circo

Mirad que ansia el gladiador más campo
en que hacer gala de sus largos bríos ;
cuidad que el fuego que encendéis no queme
vuestros vestidos !

Juzgáis que es sólo diversión y juego
el entusiasmo con que bajo al Circo :
¡ no véis que juego mi existencia propia
por divertirlos !

¡ Oh, con qué calma, omnipotente César,
con qué prudencia, ciudadanos míos,
desde las gradas se discute el mérito
de los vencidos !

Pero... ¿ hasta cuando durará la fiesta ?
— Ya los cachorros adquirieron bríos,
ya, ciudadanos, es temible el golpe
de sus colmillos.

Mirad que el brazo ejercitado tienen,
que son del pueblo los mejores hijos !
¡ Ved que el robusto gladiador se cansa
de divertirlos !

¡ Ave, Imperator, y desciende al ruedo !
Tus gladiadores lucharán contigo ;
si caes con gracia escucharás los vivas
de tus patricios.

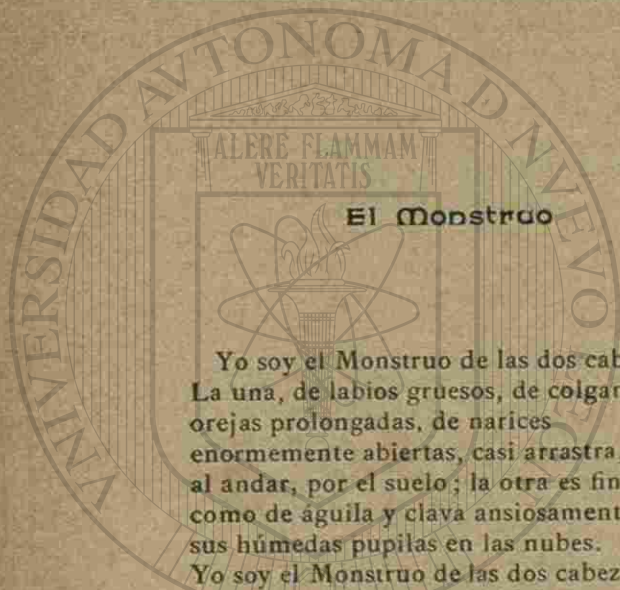
Bien, compañeros ! Nuestros buenos dueños
tienen el cuello tan redondo y limpio,
que es imposible equivocarse el golpe :
¡ Salve y al Circo !

Bastante tiempo contemplaron ellos
nuestros alardes de un valor sombrío ;
— ya se trocaron los papeles : vedlos
despavoridos.

Aquel se abraza á sus mujeres blancas
y el rostro esconde entre los pechos tibios :
pálido el otro nos ofrece quintas,
joyas y vino.

Los elegantes con la prisa arrugan
la larga tela de sus trajes ricos,
y hay hombre obeso que, cayendo, lanza
débiles gritos. —

Os aseguro que va á ser la fiesta
de lo más grande que jamás se ha visto :
Dueño del mundo : el gladiador te reta :
¡ Ave, y desciende á disputarle el Circo !



El Monstruo

Yo soy el Monstruo de las dos cabezas.—
La una, de labios gruesos, de colgantes
orejas prolongadas, de narices
enormemente abiertas, casi arrastra,
al andar, por el suelo; la otra es fina
como de águila y clava ansiosamente
sus húmedas pupilas en las nubes.
Yo soy el Monstruo de las dos cabezas
que vivo eternamente dividido
entre dos Universos.

Bien desea

mi gran cabeza de abultados labios
una vida tranquila, sin afanes,
sin necios sobresaltos. ¡Cuántas veces,
en la radiosa plenitud de un día
de Julio, miro con envidia el grave
reposo de las bestias! Una inmensa
dejadez siento entonces que me impulsa
á revolcarme sobre el pasto, hundiéndome
en la olorosa yerba las narices,
trémulas de alegría. — ¡Cómo envidio

las largas procesiones de rebaños
tendidos por el suelo con la calma
del que no tiene sobre el mundo inmenso
otro destino que arrastrar la Vida!

Anhelaría en mis momentos de odio
la presa palpitante con que sacian
las fieras del desierto su apetito.
Y para ser feliz, para encontrarme
completamente á gusto, me hundiría
en las aguas dormidas de los lagos,
ofreciendo desnudo el cuerpo mío
á sus caricias húmedas, que calman
el hervor de la sangre, que estremecen
con sensaciones rápidas de dicha
los complacidos nervios. — Los rumores
del mundo quedarían detenidos
sobre la superficie y, criatura
favorecida de la Vida, siempre
y por todo mi cuerpo, sentiría
que me estaba nutriendo, grande, lleno
de una perpetua juventud.

Los ojos

de mi enorme cabeza de hipopótamo,
cada vez con más gusto se detienen
sobre la roja tierra, tan bien hecha
para una vida de placer, de intenso
descanso, de carnales abandonos.
Y dos lágrimas grises y viscosas
ruedan lánguidamente por las cerdas
de mis carrillos anchos, porque el pobre
Monstruo está condenado eternamente
á no hacer nada bien.

Sobre mi cráneo
 aplanado de bestia, se levanta
 una cabeza de águila en que duermen
 los grandes pensamientos de los dioses.
 ¡Oh, lucha eterna del eterno Monstruo!
 ¡Oh, pobres patas cortas y carnosas
 sin tierra firme en que clavaros nunca!
 ¡Oh, pobres alas tenues, con opacas
 candideces de nieve, retenidas
 en la atmósfera infecta de un pantano!

Mi vida es triste y llena de combates
 como un día de invierno ¡qué secretas,
 qué internas tempestades! — ¡Cuántas veces
 choca una negra nube de los cielos
 con una tosca piedra de los montes
 y estalla el rayo que, silbando, cruza
 mis entrañas de monstruo. Me rechazan
 los animales, mis hermanos; vivo,
 muy lejos de los dioses, mi familia. —
 Mis hembras han huído de mi lado
 y temen mis caricias, en las grutas
 que yo mismo fabrico — ni grandiosas
 como las grutas de la Tierra, ni altas
 como las de las nubes — me acompaña
 una constante soledad; devoro
 un ultraje perpetuo de los Mundos
 y un eterno desprecio de los Cielos.

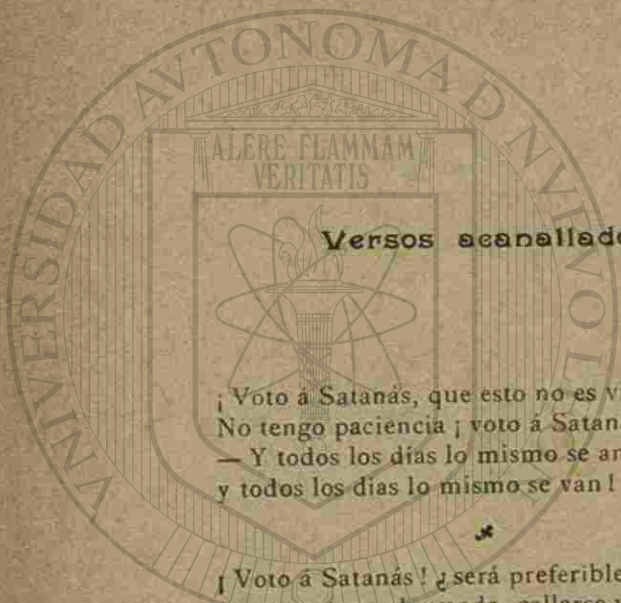
Peró yo mismo estoy resuelto, ahora,
 á poner fin á este combate. El pico
 de mi cabeza de águila es agudo

y, con constancia de sayón, lo clavo
 en mi enorme cabeza de hipopótamo
 abriendo un hueco ensangrentado.

Y pienso
 que viviré mejor, cuando concluya
 de devorar mis sesos palpitantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Versos acanallados

¡ Voto á Satanás, que esto no es vivir!
No tengo paciencia ¡ voto á Satanás!
— Y todos los días lo mismo se anuncian!
y todos los días lo mismo se van!

¡ Voto á Satanás! ¿ será preferible,
ya que este es el mundo, callarse y andar?
¿ será preferible taparnos los ojos
y dejar las cosas lo mismo que están?

¿ Verdad, pordioseros, que es sueño de locos
pensar que la tierra se puede arreglar?
¡ Voto á la miseria, tendedme los brazos
y vivamos juntos en el mismo hogar!

Hagamos la vida, sin ver que vivimos;
sin ningún empeño, sin ningún afán;

en brazos del viento, como van las hojas;
como van los peces, en brazos del mar.

De todas las gentes con quien he tratado,
canalla del mundo, nadie más leal,
nadie más sincero me fué que vosotros;
vosotros sois bestias y no lo ocultáis.

¡ Quién como vosotros! Las manos callosas
los ojos hundidos, las almas en paz,
coméis y bebéis pan negro y mal vino,
coméis sin medida, bebéis y arrojáis!

Y sabed que todos son como vosotros —
Si el llano es de tierra la cumbre es igual;
pero aquí, en el llano, las flores son rojas
y tienen un tinte más pálido allá.

Canalla del mundo, carne de las cárceles,
hijos de bandido, muertos de Hospital;
Sois el noble en cueros, el sabio sin frases,
el Rey sin armiños ¡ vivid y triunfad!

¡ Voto á lo más noble yo os canto con gusto!
De un barro carnoso quisiera forjar
vuestra embrutecida figura de osos,
y á Reyes y Principes hacerla adorar!

¡Qué no se den aires de ser superiores,
si, como vosotros, hundidos están! —
Una misma nota, con diversos tonos,
ofrece a los dioses la gama social.

La estupidez misma lo oscurece todo :
por todas las partes suenan sin cesar
risas de ignorancia, que el rubor suscitan
sobre el rostro púdico del blanco Ideal.

El mundo está lleno de grupos de feria
que un olor de aceite derramando van
sobre el aire limpio de los campos verdes,
y los vendedores no callan jamás.

Los pianos rotos chillan, destrozando
las notas de una agria canción popular...
y en los barracones, donde venden vino
y, hasta emborracharse la canalla está,
bajo el humo espeso de las negras pipas,
se abrazan los jóvenes, rompiendo a bailar.



Himno a Memnón

Memnón, gigante de serena frente
y de mirar tranquilo,
magnífico Memnón, Señor del mundo
y señor de tí mismo ;

A tus plantas llegamos los enfermos,
los hijos del delirio
y, reposando el alma en tu grandeza,
salvación te pedimos.

Danos serenidad ! que no se agiten
con anhelos continuos
las misteriosas olas, en el fondo
del mar de nuestro espíritu.

Danos firmeza ! que la lluvia fría
y el viento enardecido
caigan sobre nosotros sin hacernos
mover de nuestro sitio.

Danos grandeza! que, al cruzar el mundo,
perpetuamente altivos,
sobresalgamos, como estatuas viejas,
entre la turba de los hombres-niños.

Danos, Memnón, la piedra de tu cuerpo
y no podrán herirnos
las palabras del necio, ni las armas
de nuestros enemigos.

Haz que no se nos rían las montañas
oyendo nuestros gritos;
que nos escuchen como á ti, tomándonos
por uno de sus hijos.

No, como queja de mujer nerviosa,
palpiten nuestros himnos;
sean como el bramido de los mares
ó el rumor de los pinos.—

Que en cada estrofa lleven todo el peso
de los pasados siglos!

Que en su amplitud abracen, como el aire
el ignorado mundo y el sabido!

Memnón, Señor de los grandiosos campos,
que, por tu mano ungidos,
pesemos, como rocas, sobre el mundo;
llenemos, como dioses, los espíritus!

Que no pueda arrastrarnos la corriente
de playa en playa, sin hacer camino;
que, como tú, arraiguemos en la tierra
y el mar se humille, á nuestros pies, vencido!

Que vengan los rebaños de ganados
á pacer nuestros trigos;
que á nuestra sombra duermen los pastores
y se abracen sus hijos!

Que el grandioso poema de la vida
canten para nosotros los nacidos,
mientras sus varias luces de colores
van encendiendo, al espirar, los siglos;

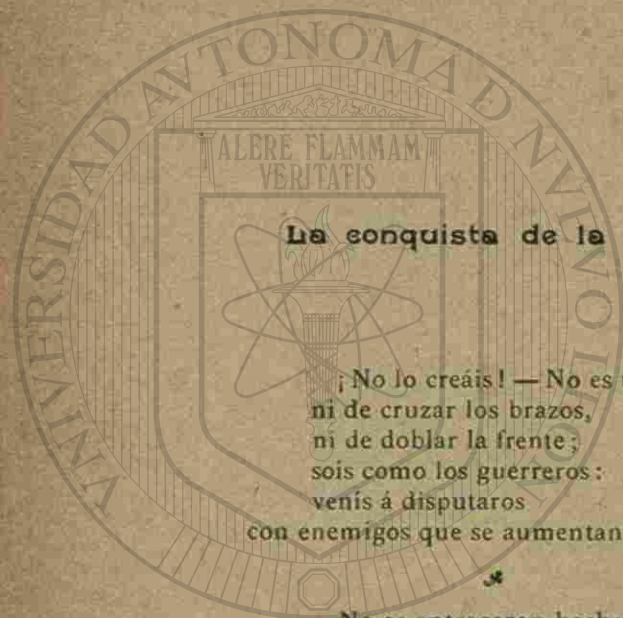
Y que nosotros, como tú, gigante
Memnón, Señor magnífico
cantemos sólo al Sol; dios de los fuertes
y padre del Espíritu!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECTOR GENERAL DE BIBLIOTECAS





La conquista de la vida

¡No lo creáis! — No es tiempo
ni de cruzar los brazos,
ni de doblar la frente;
sois como los guerreros:
venís á disputaros
con enemigos que se aumentan siempre.

No os entregaron hecha
y de balde, los dioses
la túnica inconsutil de la vida;
es un botín de guerra
que han de comprar los hombres
con la sangre que vierten las heridas.

Adelantáis, á ciegas,
por un bosque infinito
de entrelazados troncos:
si no os abris la senda,

quedaréis detenidos
y las fieras vendrán contra vosotros.

Los tiempos son de lucha:
las horas son ejércitos
de enemigos que pasan. —
No divaguemos nunca;
que, al que suelta los remos
las corrientes indómitas lo arrastran.

Hundida en la grandiosa
vegetación triunfante
de la Naturaleza,
todavía la momia
de los indios cobardes
su inapreciable pequeñez contempla.

Todavía es la gota
menuda, que se pierde
sin murmullo, en el mar de lo infinito:
esclava melancólica
bajó la débil frente
porque vió que era grande su enemigo.

¡No lo creáis! No es tiempo
ni de volver los ojos
ni de variar de rumbo. —
¡Todo camino es bueno,

porque, en medio de todos,
arde la vida, manteniendo el mundo!

Triunfan á vuestro lado
los ríos y los árboles,
las flores y los frutos;
y los ardientes astros
como los libres aires
dan al vacío su canción de triunfo!

Todo aparece joven;
mundos impenetrables
se abren á nuestra vista —
como en aquel entonces
hunde el moderno Atlante
su cuerpo en la región desconocida.

¡Y nosotros, pequeños,
consumimos los días
haciéndonos preguntas;
y llamamos al Templo
de la Aurora infinita
sin dejar las sandalias de la duda!

Se preparan los musgos
á ser nuestro sudario
y á servirnos de lápida los montes:
si olvidamos el triunfo,

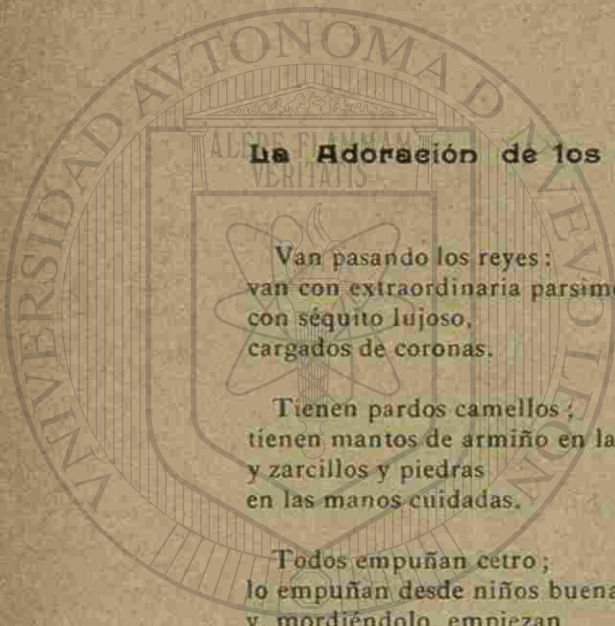
como los dioses clásicos
se apartará la vida de los hombres.

¡Miradla! — A vuestro lado
rápidamente pasa
con plenitud salvaje;
ardiente de entusiasmos
nutrida de abundancias,
dueña de todo, para todos fácil.

Hipógrifo invencible,
sus anchas fauces truenan,
lanzan rayos sus ojos.
¡Cogeos á sus crines
para cruzar la tierra,
ó pasará arrollándonos á todos!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Adoración de los Reyes

Van pasando los reyes :
van con extraordinaria parsimonia,
con séquito lujoso,
cargados de coronas.

Tienen pardos camellos ;
tienen mantos de armiño en las espaldas
y zarcillos y piedras
en las manos cuidadas.

Todos empuñan cetro ;
lo empuñan desde niños buenamente
y, mordiéndolo, empiezan
á brotarles los dientes.

Son los reyes pomposos
sobre el roído trono sustentados
por millares de guerras
hace millares de años.

Son águilas sin alas
nacidas en la punta de los montes,
que egoístas vegetan
perpetuamente inmóviles.

Son acaparadores
que recogen el trigo no sembrado ;
son zánganos que chupan
la miel que no buscaron.

Vedlos majestuosos,
con mucho miramiento, recorriendo
sobre sus potros nobles,
la extensión de los pueblos.

Contemplan á los hombres
con un gesto de altiva indiferencia,
y muy pomposamente
las calles atraviesan.

En el fondo, una horrible
inquietud les agita : van marchando
y, al pasar, unos á otros
se miran asustados.

Van andando los reyes :
van siguiendo el reflejo de una estrella ;
que les ha obsesionado ;
que les mueve por fuerza.

Van á adorar á un Niño,
al pequeño Jesús de los humildes,
de los que van desnudos,
de los que á solas viven. —

Van á adorar al hijo
de sus obras ; nacido sin corona ;
al que se hace á sí mismo
y á sí mismo se honra.



Ha nacido del pueblo
y entre las pobres pajas de un establo
y los reyes le temen
por sincero y por sano.

Con gran magnificencia,
con una gravedad respetuosa
le echan incienso y mirra;
le hacen grandes limosnas.

Y como domadores
que han cebado á la fiera, se retiran,
noblemente aguantando
sus coronas altivas.

Van pasando los reyes...
van pasando deprisa porque escuchan
el himno del Espíritu
vibrar por las alturas.

Van pasando los reyes...
y los recibe el árido desierto
de horizontes rojizos
y huracanados vientos !



La Canción de las Máscaras

Somos las viejas máscaras: tenemos
trajes comprados y semblantes viles
que ocultamos á todos: nuestros gritos
no son como la voz de los que triunfan
ni como el grito del que va á la guerra;
son chillidos de bestia perseguida
que se queja, corriendo.

Somos todos
anónimos. — Un mar de carne humana
donde los aires no levantan olas.
Pero tenemos nuestros viejos trajes
que nos prestan carácter; nuestras fuertes
corazas de guerrero, nuestros hábitos,
nuestras coronas.

Á través del mundo,
y mientras las feroces alimañas
á nadie ocultan las nocivas uñas,
mientras con libertad saltan los ríos
de peñón en peñón, mientras los árboles
sinceramente se abren á los vientos
mostrando lo que son, y todo es claro,
y todo, con su música, responde

á la música oculta del destino,
nosotros, los fingidos, paseamos
nuestro disfraz.

La gran naturaleza
nos hizo á todos hombres: estos trapos
nos hacen capitanes, jueces, sabios,
sacerdotes y reyes. —

Somos todos
troncos de encinas viejas, revestidos
con follajes de seda; estatuas sucias
con apariencia del antiguo mármol.
¡Ay de nosotros, si estallando ansioso
soplara el huracán del tiempo nuevo,
pobres encinas secas! ¡Ay, si un día,
el fuego de las almas verdaderas
nos abrazara, con abrazo intenso,
rotas estatuas de madera sucia!
Pero hace siglos que la farsa dura
y es mayor cada día. — Ya tenemos
hasta la habilidad de disfrazarnos
de hombres, honrados siempre: blasfemamos
en silencio, rezamos en las plazas.

11

Y apresuradamente, como turba
de animales cazados, van las máscaras
pasando ante los ojos de los árboles,
de los caballos y — tal vez — de algunos
mendigos. Tienen siempre el mismo paso;
siempre las mismas risas, y los trajes
siempre del mismo corte.

Se reúnen
en las abiertas calles y en los largos

jardines; en los pueblos y en las chozas,
en los palacios y en las anchas naves
de las iglesias. Saltan, al chillido
de las orquestas ásperas y al grave
resonar de los órganos sagrados.

¡Danzad, danzad, porque se acerca el tiempo
de las últimas danzas, porque el traje
os va á ser arrancado y el pulido
antifaz empapado en vuestra sangre!

¡Danzad, danzad, vosotros los vestidos
mientras os dejen tiempo los desnudos!

¡Danzad, soldados, porque ya se acercan
los días codiciados del combate!

¡Danzad, nobles señores, porque empiezan
las llamas á cebarse en los tapices!

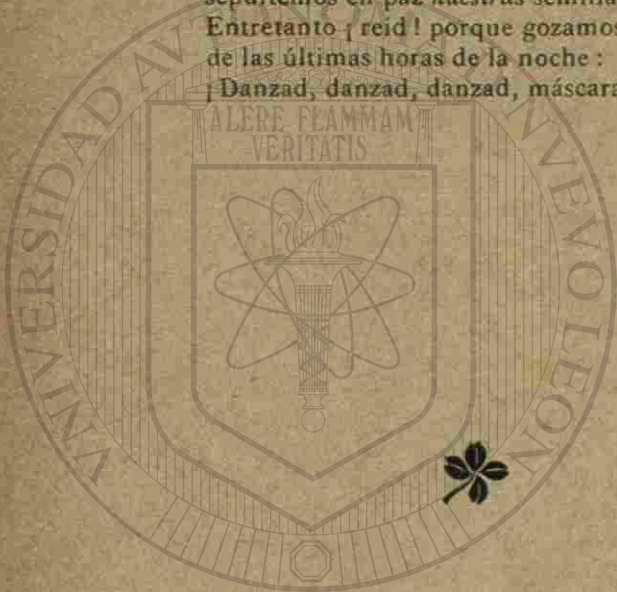
¡Danzad, Jueces, que el tiempo está cercano
en que ya la justicia, de vosotros
no necesitará sobre la Tierra!

¡Danzad, y bebed vino, Baltasares,
con los vasos robados á los Templos!

¡Danzad, reyes: seguid con vuestras danzas
el oscilar del trono, sostenido
en los hombros de un pueblo de danzantes!

Va á ser hecha la luz que solamente
nos mostrará las almas de los hombres;
no se pondrán los nombres por las cosas
ni el disfraz tomaremos por el cuerpo;
van á ser desoídos los que mandan
y á escucharse la voz de nuestro espíritu.
Todo se cambiará; como á los árboles
nos servirán de traje nuestros frutos;
nos vestirán nuestras sinceras obras,

paridas sin doblez. — Y será el día
 en que, todos obreros del gran campo,
 sepultemos en paz *nuestras* semillas.
 Entretanto ¡reid! porque gozamos
 de las últimas horas de la noche:
 ¡Danzad, danzad, danzad, máscaras viejas!



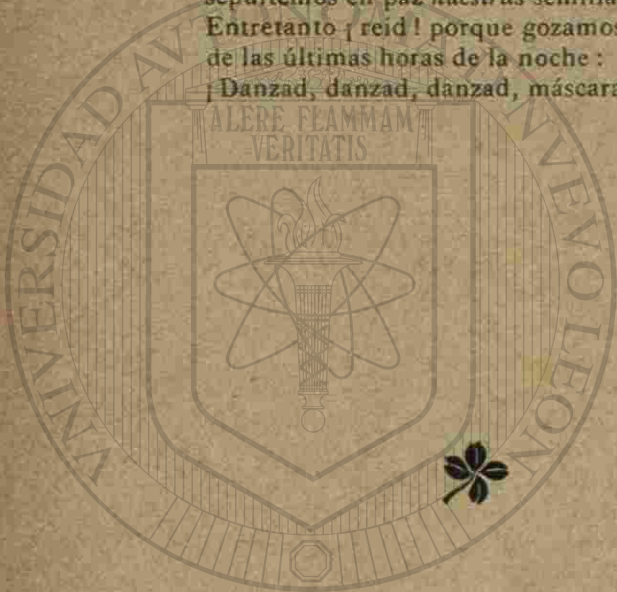
Canto á los Viejos

¡Salud, encinas por la edad dobladas!
 ¡Salud, montañas bajo el sol nevadas,
 rescoldo de los hornos de la Tierra!
 ¡Salud, cabezas blancas; labios fríos;
 álamos apartados de los ríos;
 corceles expulsados de la guerra!

¡Salud, cansado batallón de viejos,
 que, dando á todos débiles consejos,
 vais descendiendo del altivo monte!
 ¡Salud, y permitiéndame que adelante
 mientras, de resplandores abundante,
 se ensanche enfrente mío el horizonte!

Sois torrentes siniestros que el deshelo
 va derramando de la cumbre al suelo
 para anegar todo impiamente;
 pero tan sólo moveréis las piedras,

paridas sin doblez. — Y será el día
 en que, todos obreros del gran campo,
 sepultemos en paz *nuestras* semillas.
 Entretanto ¡reid! porque gozamos
 de las últimas horas de la noche:
 ¡Danzad, danzad, danzad, máscaras viejas!



Canto á los Viejos

¡Salud, encinas por la edad dobladas!
 ¡Salud, montañas bajo el sol nevadas,
 rescoldo de los hornos de la Tierra!
 ¡Salud, cabezas blancas; labios fríos;
 álamos apartados de los ríos;
 corceles expulsados de la guerra!

¡Salud, cansado batallón de viejos,
 que, dando á todos débiles consejos,
 vais descendiendo del altivo monte!
 ¡Salud, y permitiéndame que adelante
 mientras, de resplandores abundante,
 se ensanche enfrente mío el horizonte!

Sois torrentes siniestros que el deshelo
 va derramando de la cumbre al suelo
 para anegarlo todo impiamente;
 pero tan sólo moveréis las piedras,

y los arbustos y las verdes yedras
en vuestras aguas mojarán su frente.

Pasad, como implacables leñadores,
chafando nidos y arrancando flores
por la selva grandiosa de la vida;
que la inmensa legión de los mancebos,
su nido haciendo en los arbustos nuevos,
va detrás de vosotros atrevida.

Teneis cariño al báculo, patriarcas;
vuestra corona idolatráis, monarcas;
amáis á vuestro cuerpo, almas eternas
y maldécis de todos los senderos
y de las alas no sabéis valeros,
cuando os empiezan á fallar las piernas.

¡No sabéis avanzar! No sabéis, viejos,
ver que la Juventud se queda lejos,
que vive en otro mundo y de otra suerte;
queréis juntar la entrada y la salida —
cuando ella late enfrente de la Vida
y vosotros enfrente de la Muerte.

Dejad que luche la semilla libre,
que, fecundada, se estremezca y vibre
extendiendo sus brazos diminutos;
¡no envidiéis su entusiasmo y sus colores

vosotros, buenos viejos, mustias flores
que está el Destino convirtiendo en frutos!

¡No dudéis los llegados á la cumbre,
Profetas; y no os cause pesadumbre
la soledad inmensa que os rodea!
¡Lanzad siempre adelante la mirada
y pasad de la carne, vuestra amada,
á vuestra esposa mística la Idea!

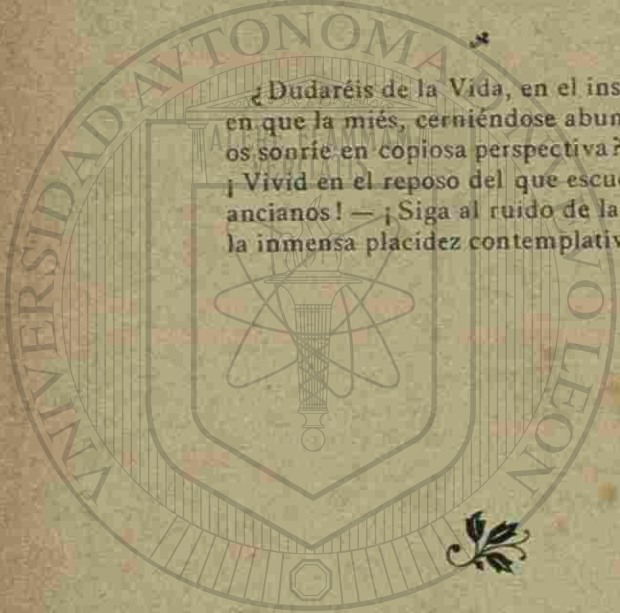
¡Dejadles el presente á los que viven!
Ellos aman el sol, ellos reciben
la triunfante caricia de los vientos,
cuando en vuestras eternas soledades
se han acabado ya las tempestades
y han perdido su voz los elementos.

¡Decidnos lo que veis!—Vuestros consejos
sean promesas, inspirados viejos,
como las voces últimas de un Cristo:
y, ya sobre la cumbre apetecida
mirad el otro lado de la vida,
sin volver á mirar lo que habéis visto.

Van el triunfo á lograr vuestras hazañas;
lleváis el Porvenir en las entrañas
y el parto misterioso está cercano;
vuestra Vida es intensa y solitaria—

¡ que acuda á vuestros labios la plegaria,
al caer os el hacha de la mano !

¿ Dudaréis de la Vida, en el instante
en que la mies, cerniéndose abundante,
os sonríe en copiosa perspectiva ?
¡ Vivid en el reposo del que escucha,
ancianos ! — ¡ Siga al ruido de la lucha
la inmensa placidez contemplativa !



El Templo en ruinas

Como una inmensa y pálida osamenta
de religiones muertas, por los campos,
se ofrecen á los ojos del viajero
las ruinas de los templos. — Uno he visto
completamente solo ; su atrevida
cúpula derribada, parecía
la cabeza de un mártir, que un tirano
hizo saltar de los tundidos hombros ;
yacian sus columnas por el suelo
hundidas en el barro ; las imágenes,
en actitudes trágicas, rodaban
entre las negras piedras, sugiriendo
la sospecha espantosa de un combate
en el que sucumbieron impotentes.
Hasta en las grandes lápidas, que cubren
las tumbas de los nobles fundadores,
las estatuas yacentes parecían
víctimas del combate y apretaban
con marmórea constancia, sobre el pecho,
las espadas de piedra. —

II

El mediodía
rico de luz, deja caer á chorros
su bautismo de vida sobre el frío
cadáver de las ruinas: todo hierve
en derredor por la llanura; humean,
recién abiertos, los calientes surcos;
cabecean los pinos lentamente
en la falda del monte; los arroyos
sobre los musgos resbalando, bullen
como la sangre de un guerrero joven;
la Tierra vive y los pastores buscan
un pedazo de sombra en que tenderse,
mientras hacen la siesta y los rebaños
reciben sobre el cuerpo palpitante
la caricia del Sol. —

III

Entonces viven
las ruinas del Templo: — los corderos
de vellón abundante, las fecundas
vacas de frente pensativa, el vario
tropel de airosas cabras, los mastines
van entrando en las ruinas poco á poco —
al principio miedosos, olfatean,
presintiendo un misterio en aquel sitio;
no se atreven á entrar, y largo rato
mantienen recelosos en el aire
la pata levantada. — Se diría
que miran al vencido con respeto
ó que, antes de invadirlo, consideran
la grandeza del sitio que hoy ocupan
en nombre de la Vida. Luego llenan,

levantando un rumor que cruje, en torno
de los santos caídos, los rincones
del Templo abandonado; alegremente
balan al Sol, junto á las viejas tumbas
los cabritillos jóvenes; los bueyes,
promesa de abundancia, se han tendido
en lo interior de las capillas quietas;
sobre un altar, contra el que ardentemente
el Sol derrama su abundante lluvia,
duerme una vaca enorme, la más grande
con que cuenta el rebaño, cuyo seno
triumfante abulta la preñez y todos
desde el suelo parecen adorarla. —
De columna en columna activamente
las tripudas arañas van tendiendo
su delicada tela; se oye el grave
zumbido de las moscas entre el polvo;
del fondo de la tierra brota el ruido
con que trabajan los ocultos gérmenes;
y hasta el pastor robusto, de rojizos
carrillos sudorosos, dormitando
á sombras de un pilar, abre la boca
y extiende los dos brazos por el suelo
en un largo abandono, que revela
nostalgias de la esposa. —

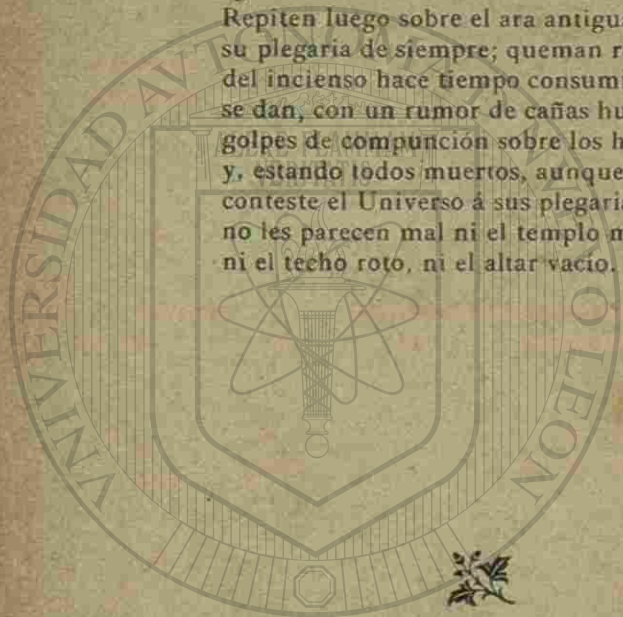
Y de este modo
el gran torrente de la vida invade
las ruinas del Templo.

IV

... Pero viendo
los viejos fundadores que profanan
su lugar de reposo, por las noches
las rígidas espaldas enderezan

y ahuyentan al pastor y á los rebaños,
agitando sus manos en la sombra. —

Repiten luego sobre el ara antigua
su plegaria de siempre; queman restos
del incienso hace tiempo consumido;
se dan, con un rumor de cañas huecas,
golpes de compunción sobre los huesos
y, estando todos muertos, aunque nunca
conteste el Universo á sus plegarias,
no les parecen mal ni el templo mudo,
ni el techo roto, ni el altar vacío.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Buena Nueva

Sobre las ruinas de la Iglesia antigua
levantaré en tres días otra nueva:
será la Iglesia de los hombres fuertes;
la que tiene por bóveda los cielos
y por triunfante música los mares.

✱
Será la abierta á todos — A los niños,
rosas sangrientas de la vida; al hombre,
cedro de las montañas, y á las buenas
mujeres, dulce fruto de los huertos.

✱
Los ancianos, de frente con arrugas
y de nevadas barbas, cuando tengan
Vida en el corazón y con los ojos
contemplan á la cumbre, que sus plantas
no han de pisar, serán los fundadores
del Templo nuevo.

✱
Y al mancebo, lleno
de sangre ardiente, si su pecho roe
el mezquino gusano de la duda,
si no cumple con te sobre la Tierra



su destino de Vida, como inútil
mercader que profana un lugar santo,
lo arrojaré del Templo.

Abrir los ojos
será vuestra oración : toda la Tierra
vuestro libro ; el que llaman egoísmo
vuestra fe más hermosa y vuestro culto
amar, después de amaros.

Así el árbol
después que echa raíces y la copa
como nublado inmenso desparrama,
toda la savia redundante emplea
en brotes nuevos y aparece el bosque,
donde todos los árboles se quieren
porque un viento común los mueve á todos.

¡ Venid, venid, mortales, sin que os llamen,
al Templo nuevo ; al templo sin campanas,
sin puertas y sin cruz ; al Templo inmenso !

¡ Venid, que han de salir los Sacerdotes
de en medio de vosotros ! — ¡ Prevenios,
Sacerdotes del Dios que está viniendo,
y vivid según él ! —

Yo quiero hallaros
en medio de las gentes, añadidos

á la inmensa cadena de los seres,
danzando en la gran fiesta del Verano
que no termina nunca ; abriendo el Templo
á la caricia de la Luz ; echando
vuestras roñosas llaves á las ondas
y poniendo á las grandes muchedumbres
en contacto con Dios : — Yo quiero veros
bautizando en espíritu á las gentes
y abrasando, al pasar, vuestras sandalias
en las ardientes zarzas del camino :
no á vuestra voz contestarán entonces
voces respetuosas, murmurando
palabras que no entienden. —

Pero, juntos
los niños inocentes y los viejos
que contemplan á Dios ; las nobles viudas
y las doncellas de redondo seno ;
los jóvenes ilusos y los hombres
colocados en medio de la Vida,
cada cual Sacerdote de sí mismo
y todos juntos, sin cesar, formando
un pueblo de triunfantes Sacerdotes,
acudiréis á la brillante Fiesta
que anuncia el Sol, que adornan los Veranos,
y en que oficia la Vida.

Somos gérmenes
de un campo, intensamente sentido,
y á donde llegaremos hechos mieses.

Pidamos á la Tierra el alimento
y la fuerza ; no, empero, los deseos

que han de formar la espiga; luminosos, vibrantes de entusiasmo, los llevamos sólo en nosotros mismos. — Desde niños los sentimos latir en nuestra sangre y florecer en nuestras almas. — Luchan, nos punzan las entrañas; como agudo hierro interior desgarran nuestro cuerpo; pero, al fin, brotan como lluvia de oro y, espigas abundantes, se destacan sobre la pequeñez de los cadáveres.

¡Oh, trabajad por vuestra propia Vida, sin estorbar la vida de la Tierra!

¡Añadid una estrofa al himno inmenso que escucharán, riendo, los espacios cuando Dios llegue á ser!

¡Amad, creciendo!

¡Reconcentraos en vosotros mismos y os atraeréis como se atraen los astros!

¡Semillas! Germinad sobre la Tierra, en el caliente seno de los campos!

¡Liras! Vibrad, sin confundiros nunca, sin duplicar, con pesadez monótona, los acordes sonidos!

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

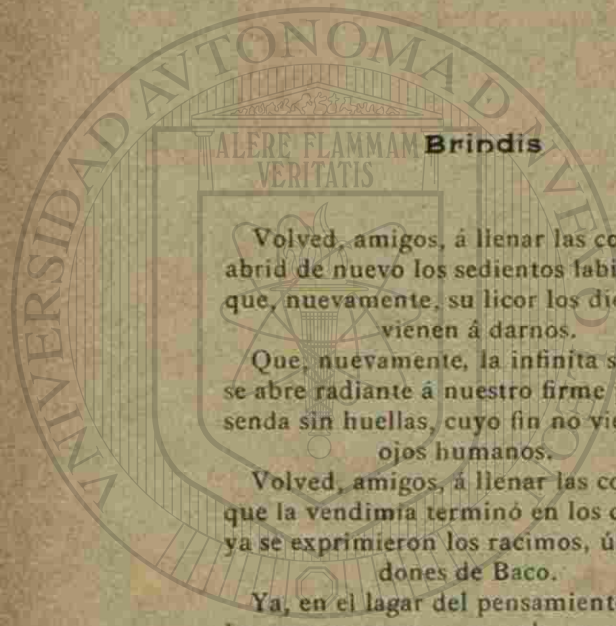
Afanosos
haced, gusanos, la dormida intensa
que os ha de transformar en mariposas!

¡Lagos del mundo, reflejad el Cielo!

¡Piedras del Templo, coronad la bóveda!

¡Ríos, llegad al Mar! ¡Nubes, juntaos y brotará el relámpago infinito!

— Los Tiempos están cerca y la miseria que nos rodea es la funesta noche que precede á las grandes claridades.



Brindis

Volved, amigos, á llenar las copas,
abrid de nuevo los sedientos labios,
que, nuevamente, su licor los dioses
viene á darnos.

Que, nuevamente, la infinita senda
se abre radiante á nuestro firme paso;
senda sin huellas, cuyo fin no vieron
ojos humanos.

Volved, amigos, á llenar las copas
que la vendimia terminó en los campos;
ya se exprimieron los racimos, últimos
dones de Baco.

Ya, en el lagar del pensamiento, bullen
los nuevos mostos con ardor pausado;
el labrador de los cabellos grises
calla, esperando.

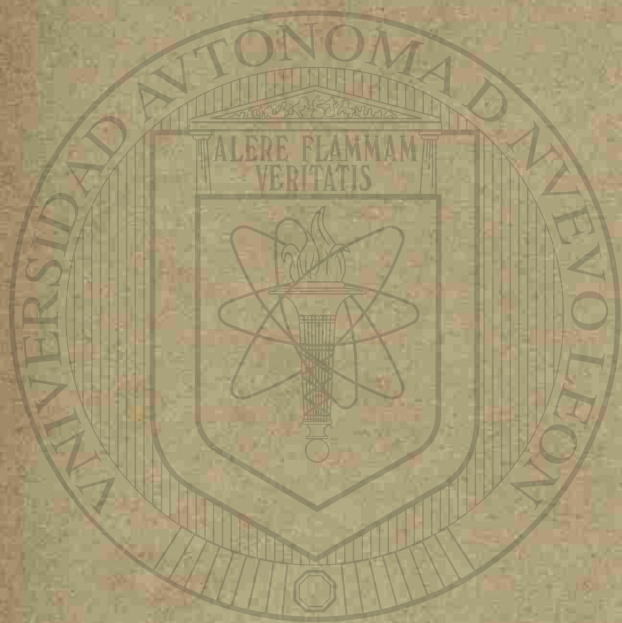
Todos aguardan la cosecha nueva,
la que nosotros preparando estamos:
¡venid, amigos! — Los lagares hierven,
llena un rumor de gestación los campos.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Voz del Torrente

— Nazco en la gran montaña, entre las rocas
recubiertas de musgo ; broto, lleno
del cariño ardoroso de la Tierra
y me lanzo á los aires :
vibro un instante, atravesando el éter
y me bautiza el Sol : las brisas pasan
demandando frescura á mis raudales
y, al derrumbarme, hago vibrar las piedras.

¡ Ya tengo vida ! Y adelante... corro
con la fuerza del rayo y con la armónica
marcha de las estrellas. Soy, de noche,
la lengua de los campos.
Se agrieta el suelo, á mi contacto, y sorbe
mi sangre joven con delicia muda ;
cuando escuchan mi voz las flores tiemblan
y deja el árbol que sus ramas caigan.

¡ Qué ansia de ver en mis primeros años
y qué ansia de soñar cuando soy viejo !

hierven al pie del manantial mis aguas
vibrantes de entusiasmo ;
luego, para avanzar, tumban las rocas
y los árboles mudos ; luego cantan
y se dilatan, dueñas de la Tierra,
en la tranquila estrofa de los lagos !

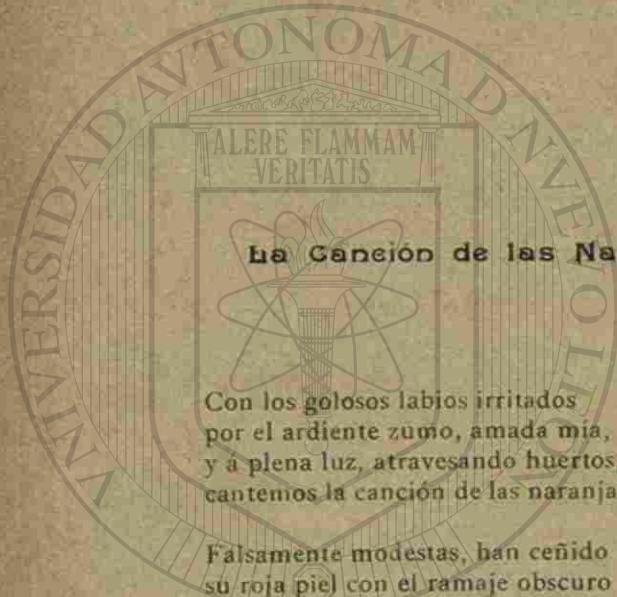
He sorprendido, al recorrer el Templo
perpetuamente abierto de los bosques,
el canto del gorrión enamorado
y el canto de su esposa.
La florecida falda de los montes
y el desnudo pilar del férreo puente ;
las ruinas de castillos y de iglesias
me ven pasar, sin detenerme nunca !

Mis claras aguas, al andar, reciben
las imágenes todas — mi destino,
haciéndome avanzar, todas las borra
y las va renovando ;
las piedras negras con las mieses verdes ;
y las tumbas desiertas con los nidos —
los enormes palacios que devoran
con los pobres molinos que producen.

Solo una cosa me acompaña siempre —
¡ el cielo azul, que se dilata, encima
de todas mis visiones, como un Padre
del Universo vivo !
Sólo una cosa no me deja nunca
¡ mi canción, el murmullo de mis olas !

esa triunfante risa de las ninfas
que descubrió la Grecia en mis entrañas !

¡ Mi canción !... Y en la paz de los remansos
cuando aparezco mudo ; cuando cesan
de moverse mis aguas, no termina
¡ es que se forma mi canción ardiente !
¡ es que mis ninfas me han dejado á solas
y, envueltas en la luz, bajo el templado
misterio de los árboles amigos,
se están dejando amar y lo aman todo !



La Canción de las Naranjas

Con los golosos labios irritados
por el ardiente zumo, amada mía,
y a plena luz, atravesando huertos,
cantemos la canción de las naranjas!

Falsamente modestas, han ceñido
su roja piel con el ramaje obscuro
como mejillas de mujer, brotando
de entre el desorden de cabellos negros,
como rosas en medio de las ruinas.

¡ Son las hijas del Sol, las encargadas
de esparcir su alegría por el mundo!

— Muerde esta, amada, con tus blancos dientes
y entorna las pupilas, recordando
la gloria de los árabes! — Sus fiestas
llenas de luz; los patios y las cañas,
los húmedos jardines y los baños
desbordantes de vida, estremecidos

por el largo reír de las sultanas
y el dulce suspirar de las cautivas;
recuerda, amada mía, las Huries
que están, como naranjas luminosas,
tentando el apetito de los buenos
en el gran paraíso de las almas.

Muerde, mujer traviesa, el fruto ardiente
y que el zumo abundante, al escaparse
por el labio entreabierto, corra en hilos
por tu sedosa piel y cuello y manos
huelan como naranjas al besarte!
— Así resbala el agua entre los labios
abiertos de las piedras; así el Día
como risa triunfante se desprende
de la boca siniestra de la noche,
cuando sus labios gigantes, cielo
y tierra, se entreabren —

¡ Muerde, amiga!

¡ muerde los frutos de color de fuego
y sorbe alegre el abundante zumo!

— ¡ Las lluvias tristes, las neblinas densas,
las nieves del invierno se detienen,
ante el azul país de las naranjas!

Triunfan las favoritas de la Vida
junto a la espuma de las playas rojas
y el pueblo, recibíendolas alegre,
las imagina dones misteriosos
que cultivan las manos de las hadas
para bien de los dioses — y, al gustarlas —
las niñas atrevidas a su hermano
cuentan la historia de las tres menudas
naranjas del amor!



¡ Muerde adorada !
 ¡ Muerde los frutos del amor que tienen,
 la corteza de fuego y la piel suave
 como un ala de blanca mariposa !
 ¡ Muerde, esperando el triunfo del Verano,
 los deliciosos frutos del Invierno !

Y, cuando todo pase, en los lejanos
 tiempos de la vejez contemplativa,
 cuando a la cumbre de los montes llegues
 donde todo son témpanos y rocas ;
 todavía con gusto, las cansadas
 pupilas volverás hacia los valles ;
 todavía los frutos encarnados,
 como labios alegres, desde lejos,
 te dirán maliciosas expresiones ;
 y con risa benévola — ya anciana,
 ya flor medio caída en lo infinito —
 bendecirás tu juventud de amores !
 — Aquel azul país de las naranjas.



El Rey Herodes

» Cubierto el pecho del sonante hierro
 » y el acero desnudo en nuestras manos,
 » bajamos, como negros segadores,
 » al campo de la Vida.
 » Bajamos á arrancar lo que se extiende
 » con la gran libertad que da la Tierra :
 » los niños sanos, las ideas jóvenes
 » que hacen temblar de nuestro Rey el trono.

» ¡ Nos han pagado bien ! — Será preciso
 » que, agradecidos, la matanza hagamos ;
 » que destrocemos nuestros hijos propios :
 » ¡ nuestros deseos mismos !
 » Será preciso que las nuevas mieses
 » que los arbustos nuevos, sacrifiquen
 » su pompa rica y su verdura intensa
 » ante el Idolo viejo del Palacio !

» Con la siniestra risa de los días
 » en que recibe sobre el regio lecho
 » á una nueva mujer, nos ha entregado
 » su cincelada copa :
 » ¡ Tenedla — dijo — es patrimonio sólo
 » de aquel de entre vosotros que la traiga
 » colmada de la sangre del Ungido
 » y echando espuma roja por los bordes !

» ¡ Empiece la matanza ! Que los niños
 » mueran sobre el regazo de sus madres,
 » sin más delito que su sangre joven :
 » ¡ que sus ojos se cierren !
 » ¡ que, violentamente, las estrellas
 » arrancadas del Cielo, se desplomen
 » y, al apagarse en el sangriento lago,
 » que un vapor negro lo oscurezca todo !

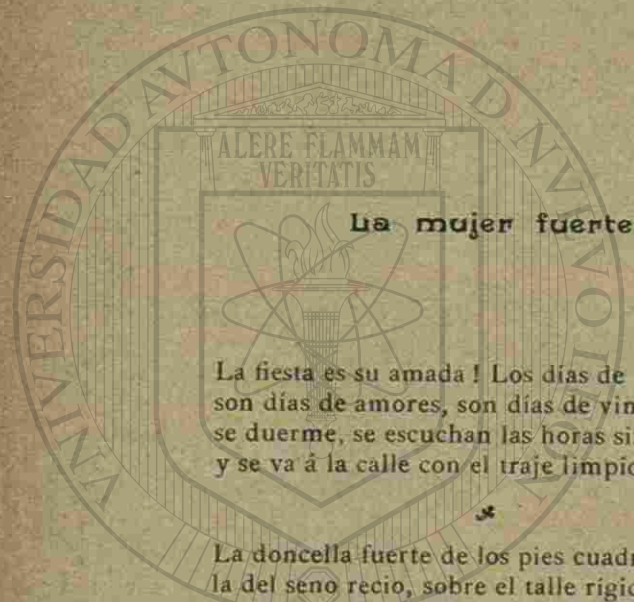
» ¡ Quede el jardín sin flores ! ¡ Enmudezcan
 » las hirvientes nidadas de los árboles !...
 » Que el sapo es enemigo de las rosas
 » y Herodes de los niños —

» ¡ Séquense en sus comienzos los torrentes
 » que amenazan la nave carcomida !
 » ¡ Espiren los cachorros, que mañana
 » esgrimirían uñas de Leones ! »

— Y los siniestros segadores llenan
 los hogares de sangre. Con los pechos
 salpicados de púrpura, recorren

las plazas las mujeres,
 y los pequeños, perseguidos, huyen,
 tendiendo los bracitos vigorosos
 á la radiante vida que se escapa
 — al rojo fruto que han mordido apenas.

¡ Adiós, pero no adiós, jóvenes hijos !
 ¡ Adiós, pero no adiós, libres ideas !
 Que, en el mar, siguen á las olas muertas
 las olas que se forman ;
 que vuestras Madres se echarán en brazos
 de los esposos fuertes ; que han sonado
 las horas del Amor ! — Y el Amor grande,
 el que hace hermanos á los hombres todos
 va á levantarse contra el viejo Herodes !



La mujer fuerte

La fiesta es su amada ! Los días de fiesta
son días de amores, son días de vino ;
se duerme, se escuchan las horas sin miedo
y se va á la calle con el traje limpio.

La doncella fuerte de los pies cuadrados,
la del seno recio, sobre el talle rígido,
la de los dos labios como hornos de fuego,
y los brazos fuertes y el mirar tranquilo ;

La doncella sana que consuela al pueblo,
sin negarle besos, sin hacer remilgos,
la que alegremente baila en las tabernas
y yergue triunfante su cuerpo rollizo ;

La mujer del pueblo — la mujer del hombre —
por resurrecciones cuenta los domingos :

¡ resucita al aire de las horas libres ;
resucita al mundo de los redimidos !

Tendrá todo un día de vivir por ella ;
de abrir sus armarios que huelen á lino ;
de coger sus flores, de regar sus plantas,
de poner en orden sus pobres vestidos ;

¡ Qué cielo tan grande ! Los campos empiezan
á ponerse verdes, á mover los trigos ;
— las casas de campo, como jaulas llenas,
vibran con un largo gorjeo de niños !

¡ Y el mar !... Sobre el seno de las blandas olas
se mecen las barcas, duermen los navios ;
y al cantar alegre de los marineros
de las gaviotas responden los gritos.

Por el puerto cruzan las mujeres viejas
mirando con pena, como héroes vencidos,
y las manchas rojas de los militares
casi nos alegran tanto como el vino !

Se echan á la calle familias enteras,
como unos patriarcas van los viejecitos
y rompe los aires la música alegre,
como carcajada de un pueblo tranquilo.

¡ Es la renaciente pascua del trabajo,
la bulla gloriosa del Sábado antiguo !
y llena de anhelos, la mujer del pueblo
sale de su casa con el traje limpio !

Vagamente siente deseos de fiesta,
plétora de vida bajo el seno henchido,
quisiera ver campos y hundirse en el agna,
y beber el aire que mece los pinos !

Se encuentra con alguien que la está esperando:
que la habla de largos tormentos sufridos ;
de un émbolo roto, de un patio de fábrica...
— ¡ Y empieza a ver campos ! — ¡ Salud al Domingo !

¡ Salud á los árboles de sombra templada,
donde se merienda sin necios testigos ;
donde los abrazos riman con el vago
temblor de las hojas en el aire tibio !

¡ Salud á los días que lo amparan todo !
¡ Salud á las fiestas ! ¡ salud á los vinos !
¡ Salud á la hermosa mujer de los hombres
que yergue triunfante su cuerpo rollizo !



Las Hogueras

¡ Hagamos corro entorno de los fuegos
Como olas de la mar cuando rodean
los peñascos inmóviles !

¡ Qué inmensa
alegría tener lecho de llamas
donde arrojar la leña seca, el tronco
de las ideas muertas, las astillas
de los troncos caídos !

¡ Madre mía,
Naturaleza gigantesca ! Nadie
con tan grande entusiasmo ha celebrado,
tus fuerzas creadoras, la fecunda
germinación de todas tus semillas,
como mi pobre lira ; nadie empero
celebrará con más ardiente impulso
tus energías destructoras. —

Grandes
son tus lluvias de invierno que fecundan,
grandes tus rayos que devastan; haces
camino entre la noche de los tiempos
creando y destruyendo, como activo
labrador que, sembrando en el Invierno
siega en los claros meses del Verano.

¡ Salud á las montañas; celebremos
la gran serenidad de sus alturas
recubiertas de nieve! empero ¡ gloria
á los volcanes que destruyen; todos
alabemos las grandes cataratas
de la lava hervidora que corroe,
purificando!

Niños inocentes
de almas sin odio, candorosas manos
de sencillas mujeres, acercaos
á las hogueras y arrojad en ellas
el limo de la Vida; los altares
que encontráis derrumbados, las cadenas
que torpemente os atan, las mohosas
espadas de los viejos combatientes!

Llamas rojas, agudas, vibradoras,
como lengua de sierpe bipartida,
levantaos triunfantes sobre todo
lo que la Vida universal rechaza;
alzaos en la esquina de las calles
como tumulto popular, imagen

del pueblo que os enciende, vigorosas
en la quietud solemne de la noche;
amenazantes como heraldos rojos
de las revoluciones que se forman.

¡ Y devastadlo todo! Las viviendas
y los que las habitan, las coronas
y los idolos, alma de la tierra,
al estallar como un ardiente grito
entre el bullicio de las grandes fiestas,
haced que el mundo nuevamente caiga
en el regazo vuestro y nuevamente
fundid sus montes y extended sus valles.

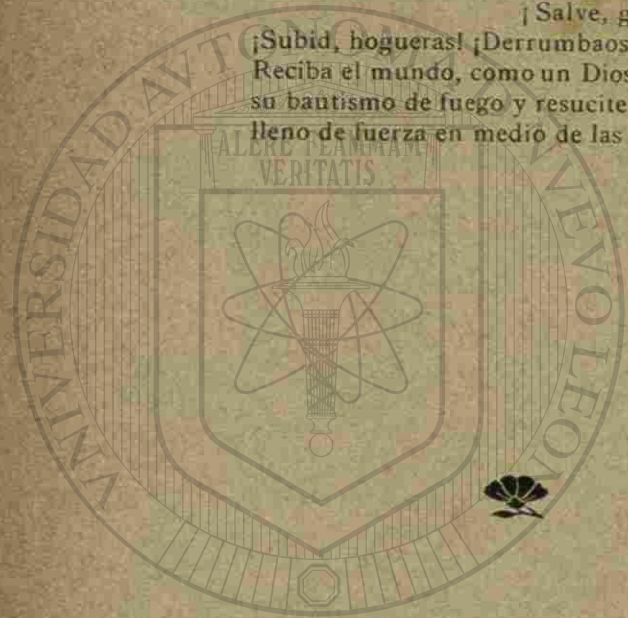
Yo llamaré lugar de bendiciones
al lugar en que se alcen vuestras llamas
porque sois frutos de entusiasmo; flores
abiertas en la calma de la noche;
lenguas de fuego que contáis al mundo
el triunfo de la fuerza!

Hogueras rojas,
diríase que todos los leones
han abierto su boca y han vibrado
la lengua ensangrentada disponiéndose
á devorar las presas codiciadas. —
¡ Verbenas de San Juan! ¡ Fiestas del pueblo!
una siniestra destrucción palpita,
como serpiente oculta entre las yerbas,
bajo la alegre pompa y el bullicio
de vuestra leña ardiente; sois matanzas

que preludian victorias, sois el Chaos
precediendo á la Vida.

¡ Salve, gloria !

¡ Subid, hogueras ! ¡ Derrumbaos tronos !
Reciba el mundo, como un Dios caído,
su bautismo de fuego y resucite
heno de fuerza en medio de las llamas !



Los Campos

¡ Son los campos ! Las Tablas donde escribe
la sacrosanta Tierra su decálogo
decálogo de paz, leyes de vida
y frutos de abundancia ;
preceptos de armonía en que los árboles
dan sombra á los rumiantes y á los hombres ;
en que los bueyes, que trabajan, aman
al viejo labrador que los conduce.

El firmamento es la cabeza augusta
de la tierra, cubierta de nublados ;
las montañas sus hombros gigantesco ;
los campos sus entrañas.

Aquí la Vida se alimenta y pasa
derramando sus dones ; aquí brotan
las doradas espigas, ondulando
como exámetros griegos, aquí el día
deja ver cuándo empieza y cuándo acaba.

¡ Son los campos ! La Tierra sin cadenas :
 la República inmensa, imaginada
 por el viejo Platón. — Bajo la misma
 serenidad de un cielo
 las yedras trepan ; el gusano arrastra
 por el suelo su cuerpo, las palomas
 beben entre los huecos de los troncos,
 duermen los perros y tranquilamente
 se tienden, á la sombra, los rebaños.

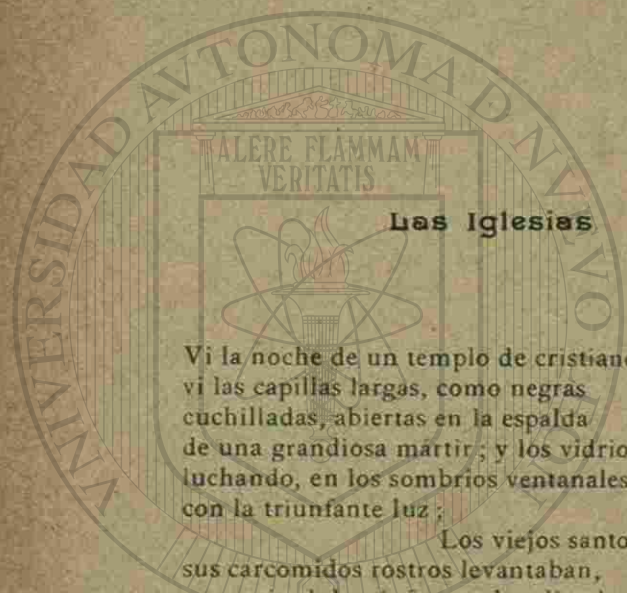
¡ Nadie obedece á nadie, y todos juntos
 cumplen con los preceptos de la Vida !
 La Tierra abre su seno, permitiendo
 que el hombre la fecunde ;
 por sí mismas se doblan las espigas
 bajo la hoz del labrador, las huellan
 las pardas yeguas inconscientemente
 y el trigo se desgrana ; sopla el viento
 y el grano se desprende de la paja !

Nadie se opone al triunfo de las cosas,
 ni, con leyes imbéciles, pretende
 cambiar la Ley no pronunciada nunca,
 en la paz de los campos ;
 nadie ha puesto cadenas á los árboles,
 ni á los almendros, en Abril, ha dicho
 — ¡ no florezcáis ! — Las estaciones ruedan
 con todo su esplendor sobre estos sitios!

Sin obstáculo alguno, se desliza
 por los campos el carro de la Vida,

lleno de majestad, lleno de frutos,
 serenándolo todo !
 Como los carros que, al caer la tarde,
 rebosando de mieses, arrastrados
 por la dorada yunta de los bueyes
 atraviesan, crugiendo, los rastrojos.

Las tintas del crepúsculo iluminan
 los montones de paja ; los chiquillos
 hierven en torno de las grandes ruedas
 increpando á las bueyes ;
 los labradores siguen á los niños
 enjugándose el rostro y, sobre el carro,
 los esposos recientes — los amantes
 de la siega anterior — rien á todos,
 mientras los libres pájaros del aire
 se paran sobre el hierro de la lanza
 para picar las rebosantes mieses !



Vi la noche de un templo de cristianos;
vi las capillas largas, como negras
cuchilladas, abiertas en la espalda
de una grandiosa mártir; y los vidrios
luchando, en los sombríos ventanales,
con la triunfante luz;

Los viejos santos
sus carcomidos rostros levantaban,
con actitud de naufragos, hendiendo
las procelosas aguas de los siglos
y la bóveda inmensa dilataba
su costillaje enorme sobre el templo,
mientras, temblando prisioneras, iban
sus llamaradas rojas esparciendo
sobre el redondo coro las monstruosas
lámparas de metal.

Moría el día
y contemplé, como un romano César,
la lucha de la luz y de las sombras

en aquel nuevo Circo. ¡ Con qué pena
combatía la luz! ¡ Qué tristemente
derramaba la lluvia de sus lágrimas
sobre el rico metal de las Custodias!
¡ Con qué temblor caía en los rincones
contra las gradas de impasible mármol,
como paloma blanca, perseguida
del pardo gavilán!...



Y vi que entonces
salían de las naves solitarias
ecos de fiesta y, al rumor que hacían
abriéndose las rejas, vi estrellarse
la inmensidad de aquel espacio obscuro;
Vi el coro iluminado, como un trono
y vi sobre él ochenta sacerdotes
cantando á Dios. — Y su emoción tenía
la frialdad de una canción de muerte.
Les vi como luciérnagas, que piensan
dar resplandor á la grandiosa noche
porque en su cuerpo barrigudo brilla
una luz diminuta.



En los rincones
mujeres mal vestidas y tumulto
de hombres viejos y niños contestaban
á las canciones de los viejos chantres;
porque, muerto Jesús, sus profecías
se han quedado en el aire y en los campos
con los pequeños lirios, sus amigos,
y en las grandes montañas protegidas
por la legión austera de los pinos

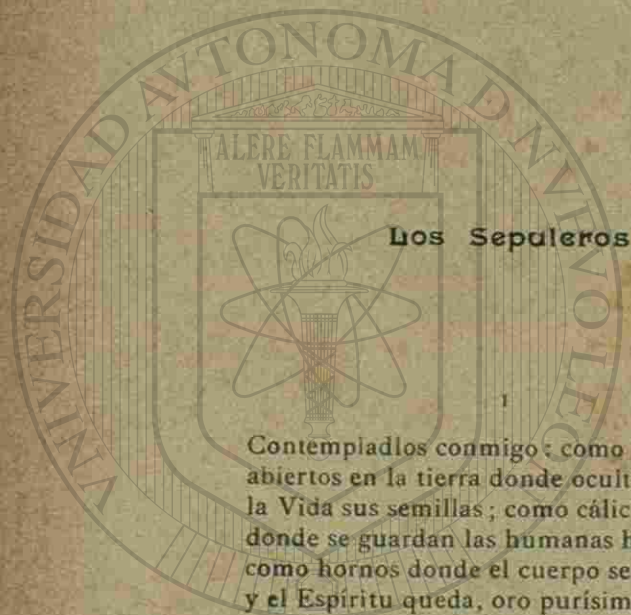
apóstoles ardientes de la vida ;
pero la Iglesia, de recinto estrecho,
permanece sin alma, como cauce
cuyas aguas se helaron ; como viuda
que se niega al amor.

No ha penetrado
el gran torrente de la vida sana
en aquella región de lagos quietos ;
no ha estallado la luz, que lo ve todo
y todo lo da a ver, en aquel nido
de los milagros pavorosos ; siento
que, al tallar en la piedra vuestros Santos
y al mutilar su cuerpo y al ponerles
estáticas quietudes en los ojos,
los dejasteis sin sangre y vuestros templos
están hechos de piedra solamente.
No sopla el huracán de las alturas
en estas catacumbas solitarias !

¿Por qué?—¿No lo habéis visto?—Porque el templo
pesa sobre los cuerpos como enorme
córaxa que atosiga : hablamos bajo
en sus capillas ; juntos discurrimos
sin conocernos ; egoistamente,
cada cual para sí, reza, en el fondo
de las estrechas naves ; avariento,
sin levantar la voz, como los niños
preferidos del padre ; como eternos
hijos de Liar, procurando sólo

por nuestro bienestar ; importunando
al soberano Dios, que sólo atiende
la oración de las grandes multitudes.

¿Y hemos de entrar en las Iglesias viejas?
Sobre la cima de los altos montes
cabén las muchedumbres ; los altares
huelén á yerba fresca y todos tienen
grabada en una piedra la candente
huella del pie de Cristo que, desde ellos,
perpetuamente su Ascensión emprende
hacia el país ardiente de las Nubes.



Contempladlos conmigo: como huecos abiertos en la tierra donde oculta la Vida sus semillas; como cálices donde se guardan las humanas hostias; como hornos donde el cuerpo se consume y el Espíritu queda, oro purísimo que ilumina el crisol —

Sin temer nada

llegad á los sepulcros, con tal fuerza que no os paréis en ellos; sed fecundos como bellota de los grandes bosques que, cuando el árbol se desprende de ella, ella da vida al árbol nuevo!

Todo sobre la creación es como un círculo que no termina nunca; se suceden las aguas á las nubes; las cosechas á los sembrados; los torcidos troncos

á las briznas de yerba; los rocíos á las escarchas y á los hombres muertos las ideas incólumes.

Entramos

en los sepulcros, como acero virgen que ha de templarse, en el pilón del agua; como ermitaño antiguo, todavía cubierto con el polvo de la lucha, en la cueva de rocas, donde ardiente le visitaba Dios. —

¿No habéis sentido que vuestro pensamiento enamorado, si subís á los montes, se desprende de vuestro cuerpo mismo y con la Tierra desea desposarse? — Vendrá un tiempo en que saldréis en átomos del fondo de los sepulcros vuestros y, enlazados á los granos de tierra y á las rocas de las montañas, á la flor del campo y á las entrañas tibias de las fieras; al agua que conserva y á los aires que lo renuevan todo, sibaritas del eterno placer, enamorados de la Venus eterna, por vosotros y en vosotros la Tierra será viva y engendrará sus hijos; vuestro cuerpo descansará en el lecho de las cosas fundiéndose con ellas, como lágrimas de mujer en el agua de los ríos.

¡ Cantad, entonces, misteriosamente la canción del amor! como la cantan

hoy, á vuestros oídos, los que han muerto
palpitando en el fondo de la Tierra.

✱

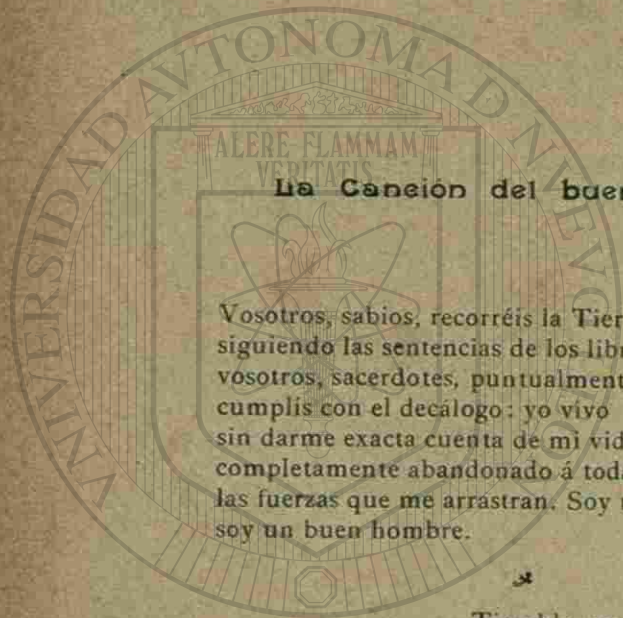
¡ Cantad el himno del amor vagando
por los anchos espacios! — Sembradores
de gigantes deseos, agitáos
como constelaciones, sobre el liso
contorno de los cielos; abrazados
los unos á los otros delirantes
y abrazándolo todo! Hasta que llegue
la explosión del Amor, que, como lluvia
anegando la Tierra, como ardiente
erupción de volcán desencajando
y corroyendo pueblos, como incendio
que consume los bosques, hará presa
en la ciudad inmensa de los vivos;
se cebará en los hombres y en los astros
y, ardiendo todos, entraremos todos
en el gran humo blanco del Espíritu.

✱

Esto será cuando á las vacas gordas
las siete vacas débiles devoren;
cuando las siete espigas despreciadas
arrebaten la savia á las espigas
coronadas de granos; cuando el triunfo
del Mal se pierda, como estrella errante
en el gran Sol de las acciones buenas;
cuando muera la noche consumida
en las entrañas de la luz:

Entonces
los sepulcros serán como ventanas
abiertas en el muro de los tiempos

y por las cuales entrará el gran aire
del espacio infinito — así, los huecos
abiertos en las peñas de la costa
dejan, á veces, salpicar el agua
y dan paso al murmullo misterioso
del ancho mar donde las ninfas juegan.



La Canción del buen hombre

Vosotros, sabios, recorréis la Tierra
siguiendo las sentencias de los libros;
vosotros, sacerdotes, puntualmente
cumplís con el decálogo: yo vivo
sin darme exacta cuenta de mi vida;
completamente abandonado á todas
las fuerzas que me arrastran. Soy un necio,
soy un buen hombre.

Tiemblo por la noche
porque me inspiran miedo los fantasmas
y las apariciones. Buenamente
doy asilo en mi hogar y abro mis brazos
á los que adoran á mi Dios y á todos
los que blasfeman de él: buen hombre siempre,
mi bondad es sin límites, no acaba
al borde de las pilas del bautismo.

Soy como la corriente del arroyo,
bienhechor de las rocas y los árboles;

del aire que renuevo y de la tierra
que humedezco. — Soy bueno, sin que nadie
me fuerce á ser así, porque no cierro
los oídos del cuerpo á los murmullos
de mi voz interior; porque recibo,
como abrasado páramo, la lluvia
venga de donde venga. — Estoy dispuesto
á inclinarme, si el viento es de tormenta
y á levantarme si la luz me hiere.

No he suspendido mi arpa de los ramos
ni he vedado mi fuente á labio alguno!

Yo canto, sin cansarme; yo me entrego
á todo el que con sed me solicita.

Soy un buen hombre; todo el pueblo un día
me ha visto con desprecio, adivinando
sobre los rojos labios de mi esposa
los dulces besos de un amor oculto,
sin que yo me irritase; todo el pueblo
ha querido abrazarme esta mañana
cuando arrancaba á las voraces olas,
que hacía hervir el temporal, el cuerpo
de un chicuelo inocente, cuyo nombre
nadie conoce.

Vivo para todos
y con todos comparto mis fatigas
y divido mi pan: todos los dioses
veneración me inspiran.

Como cruza
por lo interior de un bosque el caminante
y por él siente admiración y nunca
por uno solo de sus viejos árboles,
yo admiro solamente el ancho bosque
de la Divinidad, pero no abrazo
ninguna de las viejas religiones
que lo componen.

Todos los que viven
me inspiran interés: amo á los niños
y á las mujeres sobre toda cosa:
envidio á los corderos, y las flores
son mis grandes oráculos.

Amando
deshojaba las blancas margaritas,
y gustaba del mar y del silencio
solemne de los montes.

He jugado
con mis hijos pequeños y he sentido

nuevamente las dudas amorosas,
los delirios estáticos, las penas
que acarrea el cariño, cuando, ha poco,
mi hija mayor amaba. — Hoy, en el pueblo,
me buscan los humildes, me desprecian
los poderosos y benignamente,
consultándome casos de conciencia,
el apurado párroco me llama.

Soy el buen hombre; el que no tiene ideas
pero alimenta sentimientos: vivo
quizá inclinado, como encina vieja,
pero mi inclinación se debe sólo
á que buscaba el Sol mientras crecía.

No os diré, como el hombre razonable,
por qué una pena me conmueve y otra
me deja indiferente, empero, hermanos,
veréis llenos de lágrimas mis ojos
por cualquiera dolor y mis pupilas
por cualquiera alegría iluminarse.

Yo no conozco nada de lo escrito
por los hombres; prefiero, dulcemente,
oír la voz de Dios, que se revela
en las palpitaciones del espíritu
y en las oscilaciones de los astros.

¡Venid á mi! — Los frutos de la tierra
llenan mi mesa; en mis paredes blancas

no hay imagen alguna ; vuestros ojos
 verán en ellas cuanto quieran. — ¡ Sigán
 allí los míos descifrando, en tanto,
 ese eterno poema sin palabras
 que, en lo interior de nuestro pecho, escribe
 la Madre Universal cuando nacemos !



Paisaje

Vamos volviendo del trabajo : fuimos
 al campo, en busca de canciones nuevas,
 y recorrimos los abiertos valles,
 las anchas selvas.

Vamos volviendo á la ciudad dormida
 por el camino iluminado apenas ;
 callamos todos y la tarde muere
 sobre la tierra.

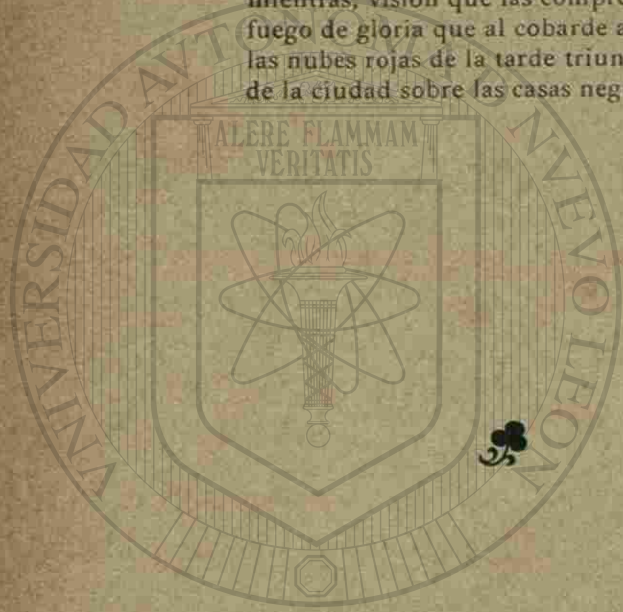
Vamos volviendo á la ciudad dormida
 y abandonamos las montañas viejas
 donde su amor nos otorgó la pródiga
 Naturaleza.

Volvemos llenos de visiones grandes,
 de rumor de aguas y de olor de yerbas ;
 todos sentimos la inquietud del himno
 cuando se engendra ;

hay en el aire ondulaciones rítmicas
 que solicitan la escondida Idea ;
 hay, sobre el campo, una canción que brota,
 junto á las nuestras.

Y, silenciosas, nuestras almas hablan ;
 y, visionarios, nuestros ojos sueñan

y aquel camino entre los campos mudos
es un rosario que muy pocos rezan ; —
mientras, visión que las comprende todas,
fuego de gloria que al cobarde alienta,
las nubes rojas de la tarde triunfan
de la ciudad sobre las casas negras.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Himno á la Alegria

¡ Basta de vacilar ! ¡ Basta de dudas !
¡ Abrámonos al beso de la vida
como las anchas flores, como al rico
misterio de la luz los templos griegos !

Llenemos la extensión de las praderas
y la fresca amena de los bosques ;
coronemos los cerros y las altas
montañas ; á la vera de los rios
y á espalda de las rocas discurramos,
contándonos los unos á los otros
el gran descubrimiento que acabamos
de hacer ; nuestra alegría ! — la doncella
que, en las edades medias, perseguida
de los negros gigantes, adoraron
Palmerines, Rolandos y Amadisés !

Ya está aqui ; ya nos ama ; ya sonrío
en sus ojos la aurora ; ya sus manos

deshojan frescas rosas sin espinas ;
habla con voz de risas y derrama
como lluvia de notas sus acentos.

¡ Alegría ! ¡ Alegría !
¡ Siete veces bendita de los buenos !
¡ Que los hombres te adoren y que acudan
á pedirte hermosura las mujeres !

A tus plantas estamos, anhelantes
bañándonos en ti, y, ansiosamente,
deseando bañarnos sin descanso ;
como en el fondo de la enorme grieta
las briznas de la yerba, que reciben
la espuma, rica en luz, de las cascadas.

¡ Alegría ! ¡ Alegría !
Acudimos á ti, como la joven
de mejillas de púrpura, que ríe
extendiendo debajo de los árboles
la recogida falda en que su amado
le arroja blandas uvas y granadas
sangrientas.

¡ Alegría ! te esperamos
como una comunión con que la Vida
habrá de inocularsenos á todos !

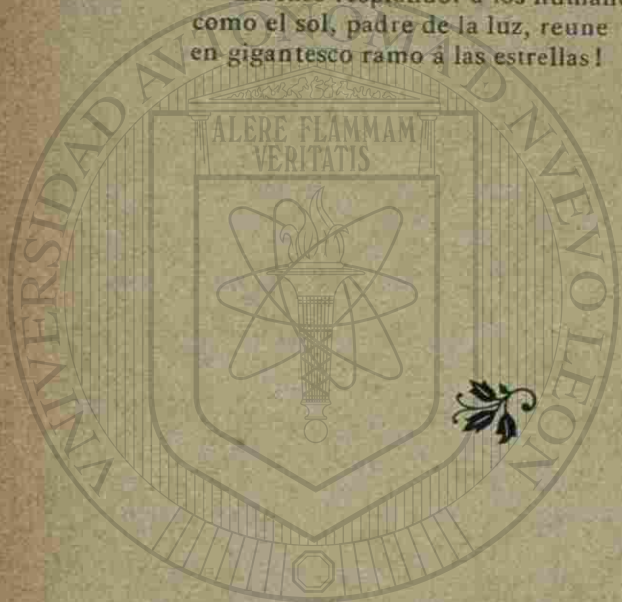
Hija de la esperanza, compañera
de la seguridad, amable amiga
de Pan fecundo y del poeta Baco,
haz brillar sobre todas nuestras frentes
tu corona de azules campanillas ;
sobre todas las tumbas pasa, echando
la espuma de tu copa que produce
brillantes siemprevivas, y en el fondo
de todos los arroyos y en la lumbre
de todas las pupilas, salta y bulle,
música de las cosas, alma eterna
de un mundo siempre joven.

¡ Alegría !
como la niebla azul que de los ríos
sube á darles frescura á las montañas,
como el húmedo aliento de los musgos
que perfuma las hojas de los robles,
sube tú, desde el pueblo, hasta el retiro
de los graves filósofos ; penetra
en la mansión del sacerdote y cuaja
de sonrisas los sueños del artista.

¡ Despósate con todos ! ¡ corre en alas
de la música ! ¡ vibra en las estrofas !
¡ late sobre las telas y remueve
la gran serenidad de las estatuas !

De ti venimos y animosamente
á ti nos dirigimos, Alegría !

¡Que, como en torno de una hoguera, el mundo
 dé en torno tuyo vueltas! ¡Que reuna
 tu inmenso resplandor á los humanos
 como el sol, padre de la luz, reune
 en gigantesco ramo á las estrellas!



La Canción de las Olas

¡ Hermanas! Somos las ardientes hijas
 del entusiasmo: la canción que brota
 de nuestros pechos, agitados siempre,
 es la canción de las eternas luchas,
 de la eterna Labor! — De noche, hirviendo
 entre el silencio de los quietos mundos
 proseguimos la férvida tarea
 que los rayos del Sol nos confiaron.

Mecemos, como madres cariñosas
 el nido de los hombres y su pecho
 con nuestra fresca brisa contortamos.
 En los comienzos de la Vida, fuimos
 las amantes del Sol, las fervorosas
 enamoradas de la luz y abrimos
 las entrañas de espuma, para hacerla
 lugar entre nosotras. — La encerramos,
 germen de vida, en nuestras grandes almas
 y, fecundadas, como ardiente coro

de esquilina tragedia que pronuncia
una canción, como cincel de artista
dando vida a los mármoles dormidos,
engendramos la Venus gigantesca,
la inmensa Tierra, con sus blandos miembros
de inmaculada nieve, con su frente
por donde ruedan luminosos rayos
y gotas de rocío; con sus bosques
para abrirla; con su manto obscuro,
con las hondas arterias de sus rios
y los abiertos ojos de sus lagos!

¡Tierra, Venus, morada de los hombres
y de los dioses necesaria cuna!

¡Tierra, con nuestros brazos te ceñimos
y en nuestro seno inmenso te llevamos!
Escucha, Tierra, la canción que brota
de nuestra lira azul; oye las voces
que te aconsejan movimiento eterno
constante libertad, lucha continua
contigo misma y con los otros astros!

Como hilera de jóvenes doncellas
que hacen correr de mano en mano el jarro
recién colmado en la secreta fuente
del agua cristalina, así nosotras,
bajo la verde túnica desnudas
gustamos de arrojarlos a los pechos
chorros de espuma que, de mano en mano,
hacemos avanzar hasta la tierra,

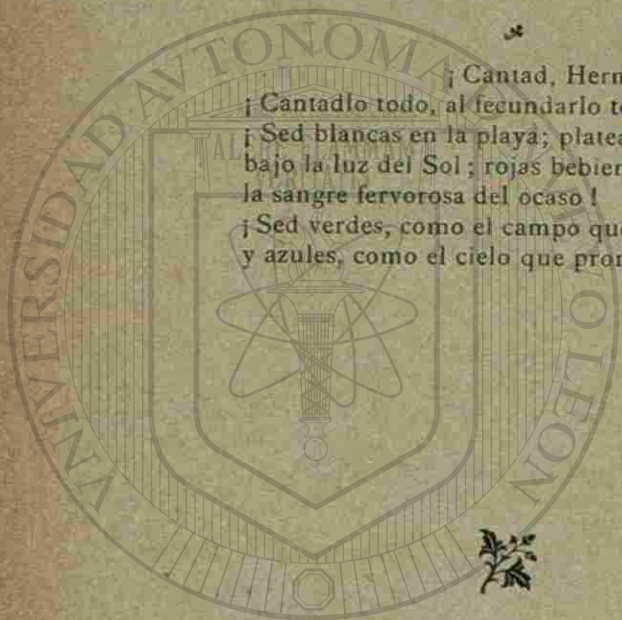
donde los sorben las arenas trías
con un dulce crujido.

Así nosotras
aplacamos la sed de los desiertos
con nuestra propia sangre, así nutrimos
las delicadas fibras de los musgos,
y las hondas raíces de los troncos.

Somos, cantando en torno de la tierra
como ideas en torno de un cerebro
que, a un tiempo, le dan vida y la reciben
de sus hirvientes células. Unimos,
como una melodía interminable,
la rígida cadencia de los Polos
a la música blanda y luminosa
de la sagrada Italia, el recogido
compás del himno griego a las dolientes
quejas del musulmán, el Asia llena
de visiones de Dios a las pobladas
costas de Europa donde Dios ha muerto.

¡Todo lo comprendemos! Todo junto
en nuestro abierto espíritu se encierra.
Y no nos agotamos! — Todavía
han de llegar; oh Tierra! a tus arenas
olas que están formándose en regiones
de nadie conocidas; olas grandes,
pobladas de misterios, como aquellas

sobre las cuales se movía el soplo
de la Divinidad !



¡ Cantad, Hermanas !
¡ Cantadlo todo, al fecundarlo todo !
¡ Sed blancas en la playa; plateadas
bajo la luz del Sol; rojas bebiendo
la sangre fervorosa del ocaso !
¡ Sed verdes, como el campo que produce
y azules, como el cielo que promete !



Oración de Eva

Y he aquí, Señor, que irremisiblemente
yo habré de ser quien el dintel traspase ;
con ansia ardiente de emociones nuevas
hierva mi sangre. —

Lentas las noches para mi se pasan
en la pasión de los anhelos grandes,
mientras la duda y el deseo riñen
duros combates. —

Señor, lo siento en mi conciencia escrito
y me lo ha dicho la serpiente madre,
y, en todas partes al entrar, lo veo
por todas partes.

Como semilla de invisible arbusto,
cayó en mi pecho y lo abonó mi sangre,
y lentamente sobre mí se ha erguido
amenazándome. —

Señor, no tengo libertad : un solo
y único anhelo en mis entrañas late ;
hollar el musgo de caminos nuevos :
— ¡ déjame hollarle !

Todos los hilos de mis pobres nervios,
todas las fibras de mi pobre carne,
de un gran placer desconocido sienten
el acicate.

¡Ay, los que un día, al conocer mi historia,
tendáis el brazo y pretendáis juzgarme!
¡Ay, si tan sólo de sentir mis ansias
fuerais capaces!

Señor, yo doblo sin dolor la frente
y me abandono á la corriente fácil
¡cúmplase en mí tu voluntad y el vino
llene mi cáliz!

Toda yo entrego mi existencia toda
al fuego intenso que en mis venas arde;
cumpló el mandato universal, y pruebo
todos los árboles!

Pequeñas flores de los huertos, oigo
vuestras palabras y desciendo al valle;
y allí, cantando, vuestra voz repiten
todas las aves;

Sé por los ríos la misión que tengo,
y la he leído en los abiertos mares
y en las montañas y en la luz que hirviendo
cruza los aires.

¿Cómo del mundo tentador salirme?
¿Cómo al mandato universal negarme?
No: pobre monstruo de mirada triste,
serpiente madre;

no, arbustos verdes; resonantes ríos,
briznas de yerba y vibraciones de aire
en vuestros brazos sin dolor me rindo;
cese el combate.

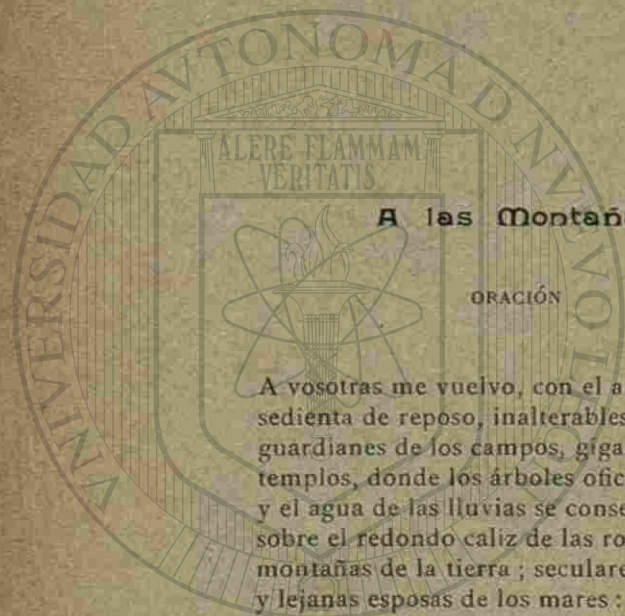
Redondos senos, codiciado fruto
del árbol vivo de mi propia carne;
labios ardientes de color de fuego
garganta suave;

Abandonaos al latido interno
que dulcemente palpitár os hace;
y del esposo en los abiertos brazos
vibrad triunfantes.

¡Cúmplase en mí la voluntad del mundo!
— Y así mis hijos mi recuerdo guarden;
y así jamás á su destino propio
quieran negarse!

No! — Que te adoren, que te escuchen siempre;
que no les duela el sacrificio grande;
que el enervante paraíso dejen
por imitarme!

No! — Que á tus voces con fervor atiendan
Sibila fiel, Naturaleza grave,
humilde monstruo de pupilas hondas,
serpiente madre!



A las Montañas

ORACIÓN

A vosotras me vuelvo, con el alma
sedienta de reposo, inalterables
guardianes de los campos, gigantescos
templos, donde los árboles offician
y el agua de las lluvias se conserva
sobre el redondo caliz de las rocas;
montañas de la tierra; seculares
y lejanas esposas de los mares:

Todo es tranquilidad en vuestro seno;
concordia todo y armonía; — El agua
brotá de entre los musgos y se tiende
sobre las blancas piedras, como cuerpo
de desnuda mujer sobre jazmines,
y, prevenidos á gozarla, inclinan
su frente los arbustos y traviesos
mueven las ramas y la piden besos.

Los delicados musgos se repliegan
sobre el pulido seno de las rocas
y abren sus diminutos laberintos
al lento caminar de los insectos;
Las grutas como templos de druidas,
como cerebro sin ideas, niegan
al sol la entrada y, hondas madrigueras,
conciben, entre nieblas, á las fieras.

Ni os faltan los abismos donde gimen
por la noche los vientos, como ideas
en lo interior del alma; donde brillan
al resplandor del sol flores azules
y espuma de cascadas, como ardientes
canciones en los labios del poeta;
como en los claros horizontes griegos
ninfas y dioses en alegres juegos!

Hermanas del Tabor, montañas viejas
dadme que nada encuentre en mis entrañas
contradicción; que, como hacéis vosotras,
todo lo adore y lo comprenda todo;
que sobre todo arroje la gran sombra
de mi serenidad; que tenga abismos
donde ninguno logre entrar y cumbres
abiertas á las amplias muchedumbres!

Hijas del Sinai, montañas grandes,
haced que en mi interior arda la llama
y resuene el clarín de lo Infinito,
sin que nadie se acerque á perturbarme

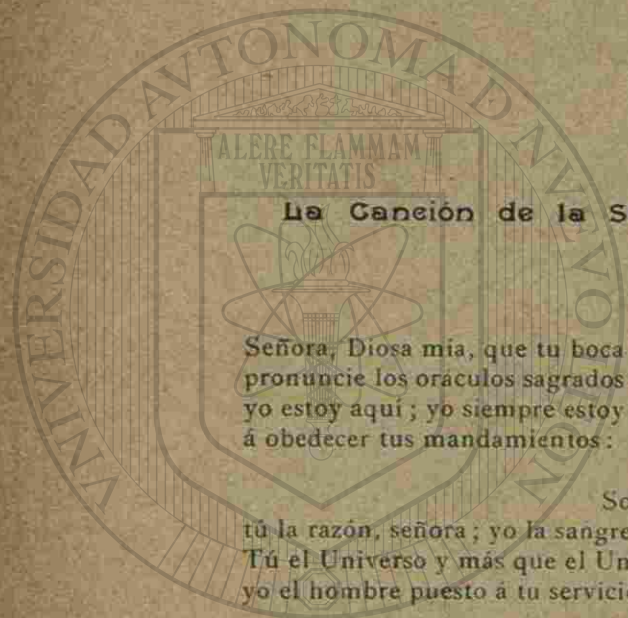
ni á distraerme de él ; que mis arbustos,
y mis árboles verdes y mis yerbas
y toda la riqueza, en mí escondida,
tan solamente á mí deba su vida !

Montañas llenas de calor interno,
chorreando de savia y de frescura,
pletóricas de Vida ; que mis cantos
el ronco son de vuestros aires guarden,
y que el Sol los bautice y que las piedras
les den su consistencia y que á los cielos
se lancen, como el águila, que ha hundido
en vuestras nieves su caliente nido !

Seréis, montañas, como el lecho inmóvil
en donde nazca, nieta de las fieras,
la humanidad que ha de venir : mujeres
de senos como marmol, y hombres fuertes
como tronco de cedro ; y todos sanos,
todos viviendo en desnudez tranquila,
todos clavando en todo la mirada,
sin odio á nadie y sin temor por nada.

Y sois como promesa de victoria
montañas, llenas de verdor constante ;
sois la serenidad en la contienda ;
las primeras sonrisas que la Tierra
echa sobre los náufragos ; la ronca

voz que lo afirma todo ; el faro eterno
contra la eterna tempestad ; la Vida
que sobre los sepulcros se levanta,
y mitiga los negros desengaños
con un ruido de esquila de rebaños !



La Canción de la Sangre

Señora, Diosa mía, que tu boca
pronuncie los oráculos sagrados:
yo estoy aquí; yo siempre estoy dispuesta
á obedecer tus mandamientos:

Somos
tú la razón, señora; yo la sangre.
Tú el Universo y más que el Universo;
yo el hombre puesto á tu servicio. —

Tiende
sobre toda la tierra tus miradas
y deséalo todo; los destinos
de las terrestres criaturas fija;
enmienda á tu manera las enormes
siluetas de las cosas; resucita
lo que está muerto ya; toma de todos
lo que te agrada y sobre todos echa
la espuma que rebosa de tu vaso:
Razón, diosa Razón, Señora mía,
bien sabes tú que tu dominio es grande

porque yo soy inagotable. Callas,
no hablas nunca de mí, tienes sonrisas
de un desdén orgulloso para el cuerpo,
no me adoras tal vez, pero, en el fondo,
cuentas conmigo; sobre mi te apoyas
como el navío de timón seguro
sobre las redondeces abundosas
de las olas cambiantes.

Oh Señora!
oh majestad! oh lengua del Espíritu!
Tú eres la Ley que lo gobierna todo;
yo soy la Libertad que en todo vive;
tú la imagen de Dios; yo la suprema
voluntad de los hombres; tú la mano
que nos veda los frutos de los árboles;
yo la boca insaciable que los prueba
y la gran tentación que los reparte.

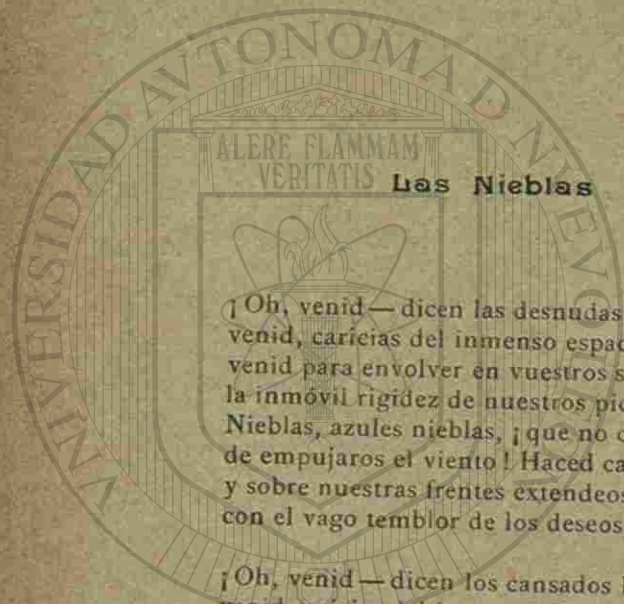
Razón, diosa Razón — Yo soy la sangre!
¿Entiendes bien? — Las llamaradas rojas,
las encendidas rosas de los huertos,
las granadas abiertas y las nubes
que reciben al sol, guerrero herido,
en los rojos países del ocaso,
son, á mi lado, pálidas; yo tengo
mi color propio; el más intenso y fuerte
de todos los colores! — Escondida
en las calientes venas me deslizo
como por cauce estrecho los torrentes;
doy salud; doy placer; entre mis ondas
tienen su nacimiento los deseos
y el amor es mi obra.

¡Con qué lujo
de púrpura imperial subo á las claras
mejillas de las jóvenes doncellas
cuando, bajo la luz de un cielo alegre,
tropiezan con el hombre que las ama!
Yo, en el fondo de todo, lo combino
y lo armonizo todo.

Soy la amiga,
la roja hermana de los vinos rojos
y unidos ambos, si el placer nos une,
te hemos vencido, á veces, noble diosa,
intangible Razón; como los niños
alegres, pequeñuelos, alocados,
vencen á los ancianos respetables
y en torno suyo danzan, dando al viento
canciones sin sentido.—

Los humanos,
que, á veces no te escuchan, no se niegan
jamás á mis mandatos: Yo soy ellos;
yo soy su sangre ¿entiendes bien? — Si quieren
vencer, se abren el pecho y sobre el suelo
seco y estéril, en caliente chorro
dejan que caiga yo. Son los instantes
que ellos llaman de lucha; que yo llamo
de libertad y de victoria; entonces
el suelo me recibe; el viento, hinchándose,
procura recogerme; las semillas
se estremecen sintiendo que las moja
mi caliente bautismo. ¡Gloria, gloria
que ha corrido la sangre y sobre el mundo
se extiende la alegría, que sucede
á una lluvia abundante en los sembrados!

¡Oh sublime razón! Yo te respeto:
yo casi te obedezco; no te irrites
si, á veces, me rebelo; yo soy joven
y, además, ¡soy la sangre! Lo que puede
vivir; tan bien! sin tí, sobre la tierra.
Tú no; pobre razón, majestad seria,
tú no, razón; sin mí te encontrarías
como rosa sin tallo; sola, triste
como Dios, si los hombres no vivieran.



¡ Oh, venid — dicen las desnudas rocas —
venid, caricias del inmenso espacio ;
venid para envolver en vuestros sueños
la inmóvil rigidez de nuestros picos.
Nieblas, azules nieblas, ¡ que no cese
de empujaros el viento ! Haced camino
y sobre nuestras frentes extendeos
con el vago temblor de los deseos !

¡ Oh, venid — dicen los cansados hombres —
venid caricias del inmenso Espíritu ;
venid para envolver en vuestras nieblas
la inmóvil rigidez de nuestras almas.
Sueños, azules sueños, ¡ que no deje
de engendraros la Vida ! Haced camino
y marcad sin cesar vuestras pisadas
con un temblor de nieblas azuladas !

¡ Brotad, en profusión, de lo más hondo
de los húmedos valles y del quieto
silencio de las cumbres solitarias ;
de los grandes dolores y del claro

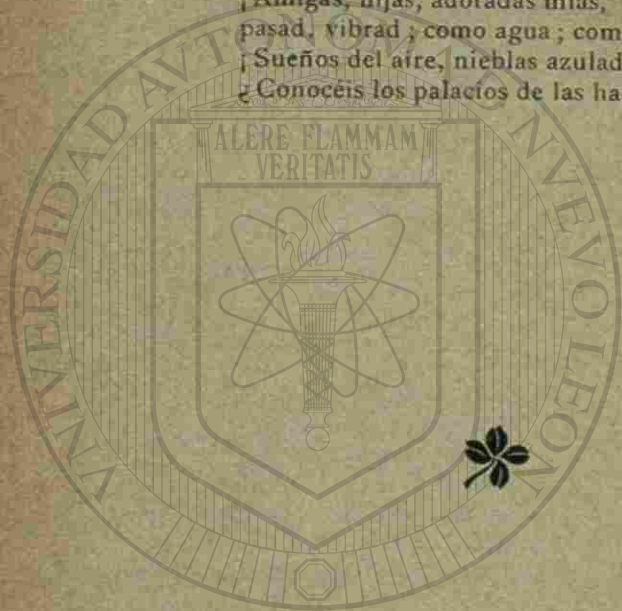
pais de la Alegría : nieblas, sueños,
¡ creced, multiplicaos sobre el mundo
y más allá de los lejanos montes
ensanchad y poblad los horizontes !

¡ Oh, venid nieblas, como el alma errante
de mundos que ya han sido, á visitarnos !
¡ Venid — tal vez — como el contorno vago
de mundos que serán, á prevenirnos !
¡ Venid, dudas del aire, y de vosotras
brotará la Verdad ! Venid, fantasmas,
y al hombre engendraréis ! Venid, visiones,
y nacerán las nuevas religiones !

La gran monotomía del camino
aborta en espejismos : ¡ nieblas, sueños !
¡ Venid á ser nuestra mansión querida
y el campo del Espíritu ! Vosotras
traéis las tempestades y los claros
rayos de sol ; la luz y las tinieblas :
sois la promesa ni un instante rota —
la profecía que jamás se agota.

¡ Pasad, pasad, que todos mis deseos
duermen en vuestros brazos ; vuestras líneas
tienen todas las gracias que codicio ;
y en vuestra ondulación no interrumpida,
aprende su compás la misteriosa
música de mi Espíritu ! ¡ Extendeos
como una aspiración ! ¡ Reconcentraos
como de un mundo nuevo el nuevo Caos !
Tenéis la animación de los combates
y el alado variar de las caricias ;

no la quietud real de un país muerto
ni la gran seriedad de un amor triste.
¡Amigas, hijas, adoradas mías,
pasad, vibrad, como agua; como música!
¡Sueños del aire, nieblas azuladas!
¿Conocéis los palacetos de las hadas?



La Corona

¡Salud, pequeña cúpula de un templo
que acaba de arruinarse, negra línea
que todo lo limita, arco de hierro
que comprime el cerebro de los reyes
y muerde los tobillos del esclavo!
¡Salud, corona; cardo que requiere,
para echar sus raíces, una tierra
seca y estéril!

El león de los bosques hace alarde
de su melena cuyos amplios rizos
parecen llamas y, á merced del viento,
simulan tempestades de relámpagos;
el ciervo cubre su cabeza airosa
con los ramosos cuernos que su mismo
vigor retuerce, y en su frente, ponen
musgo las rocas!

Tú empero, hombre pequeño, descendiente
y genitor de reyes, es preciso
que comprimas la sangre de tus venas
con el aro brillante; es necesario
que protejas tu frente artificiosa,
contra el libre contacto de los aires
que dan malos consejos. ¡Salve ricas,
frías coronas!

El Sol no quemará vuestras cabezas
bajo ese casco sin penacho airoso;
y seréis como tierra que, á la sombra
de un murallón, no da cosecha: en vano
vuestras ideas hervirán, debajo
de ese gorro mohoso: darán gritos
como gallinas en corral estrecho
y, á picotazos, dejarán sus crestas
rojas de sangre.

¡Pobres ideas vuestras, condenadas
á una cárcel sin luz, como capullos
que nunca han de estallar! — No les es dado
asomar las cabezas anhelantes
y derramar los ojos por el campo
pletórico de mieses — sacerdotes
de una doctrina muerta, ya no pueden
cambiar de ritos!

¡Oh, necios coronados! ¡oh, fastuosas
estatuitas de sal! ¡oh, frases hechas,
y palacios de bóveda cerrada!

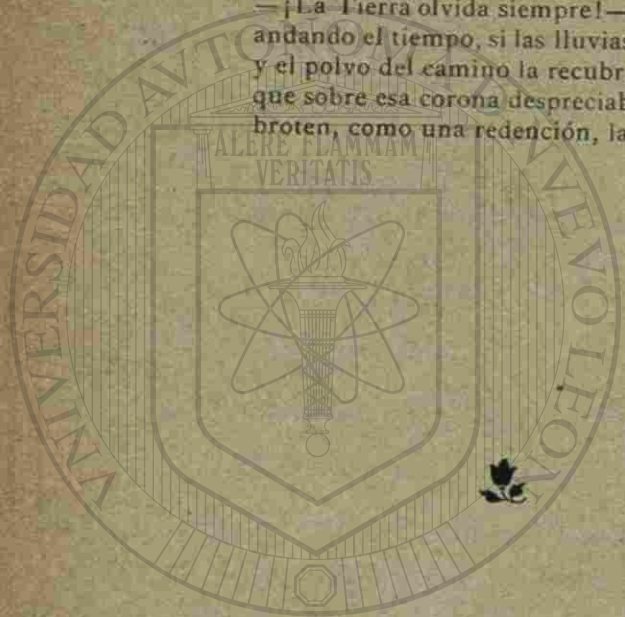
Sois como pedestales — sin arterias,
sin músculos, ni fuerza destinados
á sostener una reliquia! — ¡Oh, fábula
del asno fatuo! ¡oh, reina de las fábulas!
— ¡Lloradla, Reyes!

¡Llorad, pidiendo Libertad al mundo!
— Yo he pensado en vosotros, yo os he visto
como turba de esclavos, amarrados
á una enorme cadena — y las coronas
son eslabones de ella, — y yo he venido
á derribar las puertas de la cárcel,
donde estáis encerrados: vuestros súbditos
siguen mis pasos.

¡En marcha!... Todas las doncellas pueden
amaros libremente y ya, desnuda
vuestra cabeza, no herirá los senos
blancos, donde descansen. — ¡En marcha, reyes!
¡Ya volvéis á ser hombres! Ya sois dueños
de pisar todos los caminos. ¡Salve!
como una ancianidad vuestra corona
ha desaparecido y — nuevamente —
¡ todos sois jóvenes!

Pueblo — bulón consciente, hombre sincero,
vuelve á coger con tus sagradas manos
ese gorro molesto y contra el suelo

arrójaló riendo y luego canta
de alegría por él y por su dueño!
— ¡La Tierra olvida siempre! — Es muy posible,
andando el tiempo, si las lluvias crecen
y el polvo del camino la recubre,
que sobre esa corona despreciable,
broten, como una redención, las yerbas!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



Navidad

¡ Nacer! Quiero nacer
como el rubio Jesús de los cristianos;
en medio del Invierno
sobre la nieve estéril de los campos.

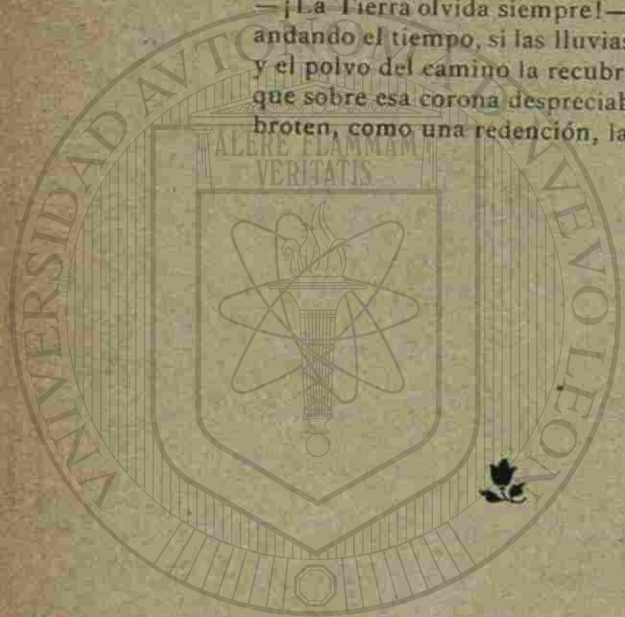
¡ Nacer! Quiero nacer
entre los bueyes; de mirar pacífico,
que viven satisfechos
rumiando, en calma, los pasados siglos.

¡ Nacer! Quiero nacer
bajo el aliento de los viejos asnos,
con sonrisas de niño,
con resplandor profético en los labios.

¡ Nacer! Quiero nacer
rompiendo las tinieblas de la noche
con la estrella de gracia
que ilumina a los tímidos pastores.

¡ Nacer! Quiero nacer
porque deseo que apremiados vengan
a doblar ante mí su frente calva
los ridículos reyes de la tierra.

arrójaló riendo y luego canta
de alegría por él y por su dueño!
— ¡La Tierra olvida siempre! — Es muy posible,
andando el tiempo, si las lluvias crecen
y el polvo del camino la recubre,
que sobre esa corona despreciable,
broten, como una redención, las yerbas!



Navidad

¡ Nacer! Quiero nacer
como el rubio Jesús de los cristianos;
en medio del Invierno
sobre la nieve estéril de los campos.

¡ Nacer! Quiero nacer
entre los bueyes; de mirar pacífico,
que viven satisfechos
rumiando, en calma, los pasados siglos.

¡ Nacer! Quiero nacer
bajo el aliento de los viejos asnos,
con sonrisas de niño,
con resplandor profético en los labios.

¡ Nacer! Quiero nacer
rompiendo las tinieblas de la noche
con la estrella de gracia
que ilumina a los tímidos pastores.

¡ Nacer! Quiero nacer
porque deseo que apremiados vengan
a doblar ante mí su frente calva
los ridículos reyes de la tierra.

¡Nacer! ¡Quiero nacer
porque estoy en el seno de la muerte,
porque el Mundo dormita y sobre el Mundo
las profecías se renuevan siempre!

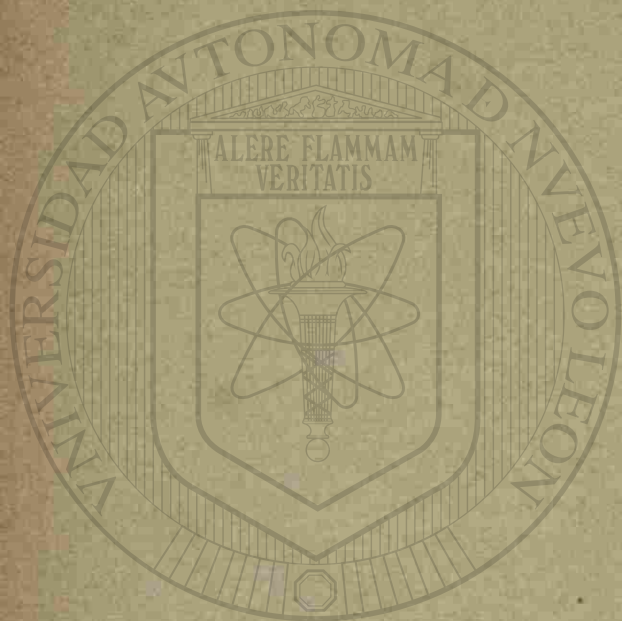


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



A los Hombres del pueblo

Sois jarros siempre llenos y sois fuentes
que no se agotan nunca : una constante
serenidad, un entusiasmo eterno
llena vuestras entrañas, como llena
un agreste perfume los rincones
de los bosques antiguos : vuestra risa
vibra con el rumor de aguas saltando,
y en vuestros ojos brilla la fiereza
con que á su amada los leones buscan.

✱

¡ Hijos de Prometeo ; compañeros
eternos de Jasón ! — Como á los campos
acude el sembrador con las semillas,
promesa de abundancia, entre las manos,
yo acudiré á vosotros con la pobre
siembra de mis ardientes pensamientos ;
yo os buscaré, como animosamente
las piedras de los montes busca el águila
para colgar su nido ; entre vosotros
tendré mi hogar y engendraré mis hijos ;



¡ los hijos de mi espíritu! robustos,
de pies descalzos, de cabeza erguida,
con el beso del Sol sobre la frente
y el olor de las yerbas en las plantas.

Entre vosotros, como en ancho valle
ceñido de montañas, mis canciones
encontrarán un eco, y vuestras madres
y vuestras hijas de color moreno
me hablarán de las fiestas de la tierra,
del pan y del trabajo y de los trigos
que empiezan á dorarse y de las grandes
cosechas presentidas...

Vuestras penas
serán la levadura de mis versos
y en vuestras alegrías mis canciones
hundirán sus raíces, como el blanco
nenúfar en el agua de los ríos.

Sois, en la Humanidad, como las olas
en el vaso del mar; que guardáis mundos
ocultos en vosotros y terribles
pasáis sobre los mundos corrompidos
haciendo risa en ellos: sois el coro
que aconseja á los héroes; las raíces
del árbol poderoso, las columnas
sobre las cuales se afianza el Templo!

No sois estatuas, pero sois el barro
con el cual se levantan las estatuas;
no sois dioses, empero sois el ara
sobre la cual los dioses se sostienen
para decir su profecía al mundo;
no sois el bosque, pero sois los árboles
que, con abierta libertad se agrupan;
que, dando paso al aire y recibiendo
las caricias del Sol, forman el bosque.

Yo bajaré á vosotros, como baja
al fondo de los mares el avaro
en busca de tesoros; como el músico
se sepulta en el fondo de las cosas,
para escuchar el ritmo de la vida.
Contadme vuestros hechos y dejadme
atarlos con el hilo de la idea;
dadme vuestras espigas, y mis manos
harán de ellas un haz!

— Como las nubes
hablan con las montañas y los ríos
reflejan á los árboles, conviene
que los buenos hablemos con los malos,
los grandes con los chicos; que vivamos
los unos en los otros, compartiendo
todos nuestros trabajos. — En la Tierra
nada es de nadie y el azul del cielo
es como un mar, donde árboles y estrellas,
piedras y flores, aguas y cabañas,
hombres y fieras, hemos puesto un poco
de nuestro propio sér. —

Por esto, el hijo
de las respiraciones de la tierra
á todos igualmente nos cobija
y nos contempla con ternura á todos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A la Naturaleza

¡ Madre mía querida ! ardientes lágrimas
á derramar sobre tu carne llevo
como sobre los troncos de las vides,
gotas de miel derraman los racimos
demasiado maduros. Me has llenado,
madre mía, de tí. — Soy como el último
de los árboles tuyos, los ascetas
de los campos. —

Quisiera, sin moverme,
hundidas las dos plantas en la tierra,
extendidos los brazos en el aire
en perpetua promesa de un abrazo
con cuyas esperanzas me extasio,
la cabeza en las nubes recibiendo
como lluvia de fuego, la abundante
magnificencia de los días, madre,
gozar de tí, y en mis arterias todas
sentir el paso de tu ardiente savia
fundida con mi sangre; mis cabellos
se erizarían de placer y el viento,

haciéndolos vibrar, sacudiría
 las fibras de mi carne: Amada mía,
 madre y esposa y lecho donde duerme
 toda la variedad de mis amores,
 tu, la Serenidad, ¿no compadeces
 mi turbación?

Como tropel sediento
 de ovejas en rebaño, mis deseos,
 corren á ti, con la garganta seca,
 húmeda tierra de los campos verdes;
 ¡dales pasto de vida; que tus hojas
 frescas de savia y tus jugosos frutos
 y las corrientes aguas de tus ríos
 templen su ardor! ¡qué en su agotado vaso
 vuelvan á rebosar las esperanzas
 como vino maduro! ¡qué su tronco
 se cubra de retoños y en la tierra
 hundan una familia de raíces!
 ¡Oh, mis deseos muertos! Sepultaos
 en este mar inmenso y por vosotros
 correrán los ardientes entusiasmos
 de la resurrección.

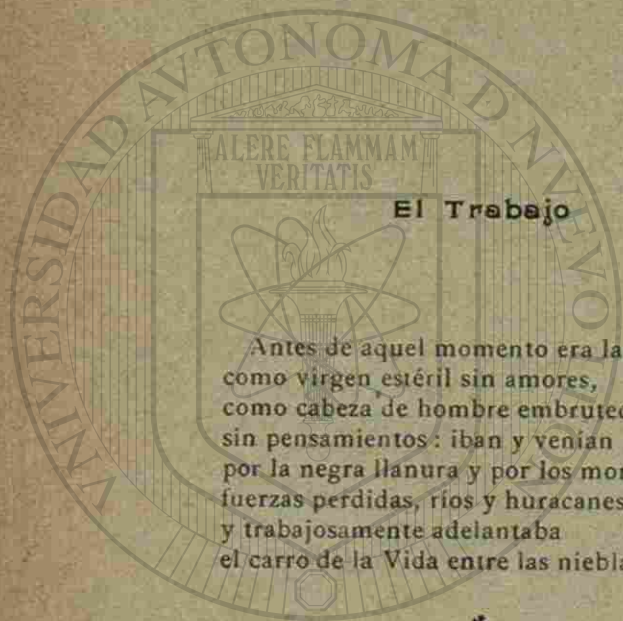
Aquí, la vida
 en su primera fuente, aquí, los frutos
 pendientes en el árbol; aquí, el día
 desprendiéndose virgen de los cielos
 como un don de abundancia; aquí, las yerbas,
 las peñas y las mieses. ¡Madre amada!
 Echa sobre mis hombros temblorosos
 el abrasado manto de tus nubes
 cuando, al ponerse el sol, quedan pendientes,
 deseando caer sobre los campos,
 como un último beso de los cielos
 á su hermana la tierra!

¡ Amada, madre!
 ¡ Dame luz! ¡ Dame fe! Que entre tus brazos
 he desaparecido como gota
 que se deshace entre las olas; todo
 me abruma y me aniquila y me anonada,
 árboles, montes, ríos y caminos:
 ¿Quién soy? ¿adonde voy? ¡Padres, hermanos!
 ¡ Soy vuestro; soy vosotros! — ¡ Avancemos!
 ¡ Vivamos!

Enseñadme vuestra fuerza
 y vuestra libertad — ¡qué nadie borre
 las sacrosantas leyes de mi vida!
 ¡qué cuando quiera florecer florezca,
 y que en mi frente las ideas broten
 con la expansión y la abundancia, madre,
 con que brotan tus frutos!

Y tu, amada,
 tu, yedra de mi tronco, y misteriosa
 niebla de mis alturas; tu querida
 y esperada mujer ¿dónde pretendes
 celebrar tus eternos esponsales
 sino en estas regiones?

Aquí pueden
 caer tus vestiduras sobre el suelo
 como las hojas secas de los árboles;
 ebria de sol te dormirás y, á tiempo
 que te cubran los musgos, avanzando
 los pájaros con miedo sus cabezas
 vendrán curiosos á picar tu pecho.



El Trabajo

Antes de aquel momento era la Tierra
como virgen estéril sin amores,
como cabeza de hombre embrutecido
sin pensamientos: iban y venían
por la negra llanura y por los montes,
fuerzas perdidas, ríos y huracanes
y trabajosamente adelantaba
el carro de la Vida entre las nieblas.

Pero medita el hombre y con cariño
decide al fin doblarse hacia la tierra
y entre la arcilla roja clava el duro
pedernal no pulido. — Resonaron
comprimidos sollozos de la virgen
forzada á producir: en lo más hondo
del suelo primitivo los estériles
genios de la quietud se reunieron,
y comenzó la lucha interminable
contra la Vida que adelanta siempre;

mordieron los gusanos las semillas
y en las raíces se escondió la oruga.

Pero impávido el hombre nuevamente
se dobla hacia la Tierra con ternura,
y una vez y otra sobre el duro suelo
los dos brazos derriba: el ruido encuentra
un eco prolongado entre los montes
y brotan chispas cada vez más anchas
del toscó pedernal; ¡y así el Trabajo
no se interrumpe nunca! Es como un himno
que comienza sencillo, al que se juntan
después todos los ruidos de la Tierra.

Penetra en el silencio de los bosques
y con rumor de torres derrumbadas,
los árboles se tienden por el suelo,
cadáveres gigantes en la lucha
por la Vida, las hojas desprendidas
vacilan largo rato por el aire,
como buscando al padre que han perdido,
y caen después sobre el enorme tronco
lentamente, con ritmo funerario
coronas deshojadas sobre el muerto.

Cunde el gran movimiento por la quieta
sábana de los llanos y en la línea
del horizonte enrojecido apunta,
arrastrando el arado primitivo
la hociuda cabeza de los renos.

Cruzan el suelo en todas direcciones,
arterias portadoras de la vida,
los surcos recién hechos; hondos, rojos,
como llenos de sangre —

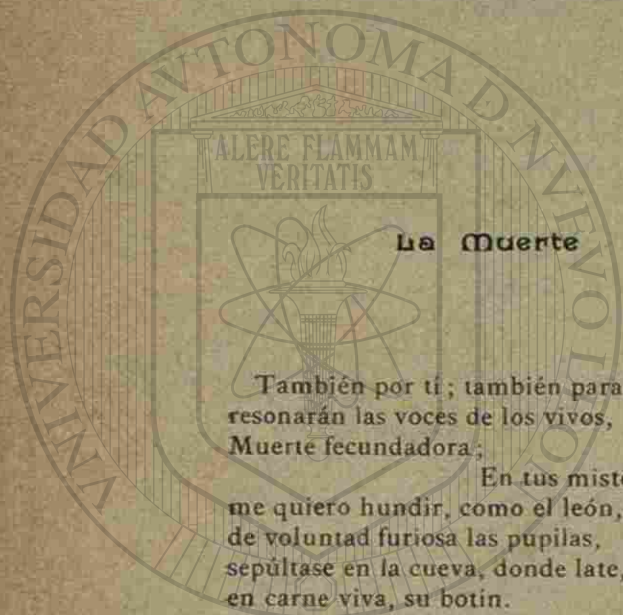
Se levantan
las viviendas primeras. — Los mastines
derramando los ojos vigilantes
por toda la llanura, se recuestan
contra el enorme quicio de las puertas
en ausencia del hombre, y cae, partido
el pecho por las flechas puntiagudas
la alimaña dañina, mientras llena
los húmedos establos, con un tibio
calor que reconforta, la sombría
tropa de los rumiantes y el Trabajo,
apoyándose en ellos, acaricia
su resistente espalda... ¡son sus hijos;
los portadores de su carro! y ciñe
con las primeras flores de la Tierra
sus cuernos de oro que el vigor retuerce.

Es el triunfo del hombre: es su dominio
que comienza a cumplirse.

Mal envuelto
bajo una piel de reno por las tardes,
regresa del trabajo; ya el crepúsculo
extiende sobre el campo pensativo
su manto gris y entre las rocas chillan
las aves agoreras de la noche;
saltan los perros, con la cola enhiesta
entorno al hombre joven y acarician
sus manos sudorosas y él detiene
de tanto en tanto el meditado paso, —

volviéndose á mirar la solitaria
llanura fecundada, y considera
con ojos de cariño los primeros
brotes de yerba adivinando en torno
la canción misteriosa de los gérmenes
que reciben el beso de la Vida.

En el hogar, con la cabeza rubia
del hijo más pequeño entre los brazos,
para enjugarle con piedad la frente,
hija de Ceres, su mujer le espera.



La Muerte

También por ti; también para tu gloria
resonarán las voces de los vivos,
Muerte fecundadora;

En tus misterios
me quiero hundir, como el león, sangrando
de voluntad furiosa las pupilas,
sepúltase en la cueva, donde late,
en carne viva, su botín.

¡ Aplácame !

Moja mis fauces secas, Madre Muerte,
con la caliente sangre de las víctimas
que se dejan matar; que mis anhelos
sean como cuchillas y que pasen
mis Ideas la lengua embriagada
sobre las pobres reses, recién muertas,
ante el ara triunfante de la Vida.

Para que el padre sol cruce los cielos
como una bendición depatriarca,

haciendo bien á todos, es preciso
que en la sombra nocturna, cuando quedan
en brazos del silencio las montañas,
los rayos de luz muerta de la luna,
besen la grasa de las pobres bestias
desnudas de su piel, abandonadas
entre ahullidos de perros, en el fondo
de las encrucijadas.

En tu seno
constante, productora, Santa Muerte,
recibes los principios de la vida;
y, con tus propios labios, aplicados
á los hinchados frutos de los árboles,
extraes el jugo que ha de dar mañana
muchedumbre de huertos á la tierra
y variedad de flores á los huertos!

Renovación te has de llamar y eterno
bautismo de la vida que se forma;
¡ trabaja sin descanso ! ¡ Danos carne,
ofrécenos bebidas !

Que se apaguen
para dar luz al día las estrellas
y que, como hojas secas, se disipen
las ideas, rebaño de las almas,
y pasto del Espíritu.

Yo adoro,
yo considero con terror magnífico
tu trabajo continuo, negra muerte,
Esposa inalterable de la vida. —
Eres como la hiena que devora
para dar vida á sus cachorros. ¡ Salve !
¡ No te detengas en tu marcha ! Escucha

las súplicas ardientes de tus hijos
que están pidiendo pan!

Toda la Tierra
con todos sus tesoros, pon debajo
de las plantas del hombre; ¡ Muerte, Reina,
yo adoro la hendidura de tus labios
y las arrugas de tu piel amada
como el sangriento surco de los campos
donde entierra el labriego sus semillas.

Eres negrura de nocturna sombra
donde se incuba el astro de los días;
profundidad de abismo, en cuyo fondo
sobre el húmedo musgo brotan flores.
Prosigue tu labor! ¡ Oh Madre amada
haz que miremos con serenos ojos
la perfecta impiedad de tus desastres!



El Padre Caos

Padre, no te olvidamos! Los salidos
de tus entrañas, primitivo germen,
donde todos los gérmenes hervían;
abismo que la fórmula encerrabas
de todos los abismos; lago inmenso
de donde todavía se desbordan
las aguas de la lluvia y las que bullen
en las arterias de la tierra; el río
y la amplitud del mar; Padre, Maestro
y enorme Genitor! no te olvidamos:
guardamos, viejo Caos, en nosotros
la semejanza de tu rostro viejo
como guardan los hijos en su rostro
la semejanza con el padre anciano.

Somos tu descendencia; innumerable
rebaño de hijos tuyos, que conserva
tu soberana independencia, el grande
poder de tus entrañas, donde hierven
todas las variedades de semillas,
y tu ilimitación que eternamente

se desborda de un mundo en otro mundo,
de un mar en otro mar, de una montaña
en la montaña próxima; tus hijos
las criaturas de la tierra, padre,
son caos como tú: son la familia
que tiene un mismo origen, gotas de agua,
hijas del mar y mares diminutos.

Escucha la canción de las montañas
y la voz de los mares que responden:

LA MONTAÑA

« ¿Porqué me rechazáis? — Desde la cumbre,
» bajo, como torrente, hacia vosotras,
» verdes olas del mar, sin otro anhelo
» que hundirme en vuestro seno y recibirlos
» entre mis brazos! Las enormes rocas
» de las altas regiones se deshacen
» en húmedas arenas; las arenas
» en polvo diminuto; en blando limo
» el polvo humedecido, y en el fondo
» misterioso del mar aguas y piedras
» son una misma cosa. ¿Quién osado
» se atreverá jamás á desunirnos?
» Somos, como el esposo, eternamente,
» reposando en los brazos de la esposa;
» como una Venus colosal de rocas
» que emplea todo el mar para cubrirse. »

LAS AGUAS

« Amigas! Rocas de la costa, hacednos
» lugar entre vosotras. — Llenaremos

» vuestros resquicios, dejaremos rastro
» de peces de oro y de marinas conchas,
» duras como vosotras, en la punta
» de vuestros negros picos, que, pasando
» desgarran nuestra túnica sonante;
» Rocas! nos entraremos en vosotras,
» como en la esponja de fibrosas celdas
» y os dejaremos llenas, goteando,
» recubiertas de musgo, coronadas
» con un interminable hervor de espumas;
» porque vosotras sois como olas nuestras,
» olas llenas de tierra, olas que duran
» siglos tal vez, que en deshacerse emplean
» unos instantes más; pero, queridas,
» engendradas, amadas olas nuestras. »

¡Caos, padre del mundo! Escucha el diálogo
de la tierra y los árboles:

LA TIERRA

« Es vuestra,
» es mía, amados míos, cuando sube,
» como una inspiración por vuestras ramas;
» cuando, llegando de improviso obliga
» á estremecerse á las menudas hojas;
» ¡es vuestra, es mía, la hervidora savia
» donde estoy yo, donde hay todas mis fuerzas,
» y todas mis partículas y el jugo
» de todas mis arterias; hijos míos,
» las últimas raíces de los árboles
» son las primeras fibras de la Tierra;
» somos lo mismo ¡amadme! ¡estremecednos

» sobre mis grandes llanos, como un niño
» en el blando regazo de su madre! »

LOS ARBOLES

» Tierra, querida Tierra! para hablarnos,
» para dictarnos tus profundas leyes
» no has de mover los labios, porque somos
» un solo ser contigo; tú la sientes,
» nosotros la pensamos y una misma
» es nuestra vida y la misión de todos! —
» Tu misma eres un árbol, Tierra! Tienes
» tu raíz en el mar; las cordilleras
» son tus ramas; tus hojas los peñascos,
» tus flores las cavernas y los templos
» y tus semillas los ocultos dioses,
» los ídolos! ¡ Amémonos, amada!
» vivamos confundiendo eternamente
» en una sola hoguera nuestro fuego. »

Escucha la canción de los colores,
Padre de todo y Rey de todos, Caos!

LOS COLORES

« Todos somos la luz, y la luz tiene
» sonrisas verdes, rojas, amarillas
» y pensamientos negros! Como estrellas
» formando nebulosas y palabras
» unidas en estrofas, palpítamos
» en el fondo del aire, entrecruzados,
» entrando unos en otros como inmensa
» legión de combatientes diminutos;
» y nuestra sangre es el color triunfante

» rojo, verde ó azul: nube de aurora,
» llanura inmóvil ó sereno lienzo
» de un mar tranquilo. ¡ Hermanos, continuemos
» la eterna danza que jamás termina,
» mezclemos las sonrisas á las lágrimas,
» las candideces de la nieve al negro
» vaho de los abismos ¡ agitémonos!
» todos tienen la luz y la luz tiene
» sonrisas verdes, rojas, amarillas
» y pensamientos negros! »

Padre Caos,
escucha finalmente las canciones
del hombre que te adora:

EL HOMBRE

« En todas partes
» y bajo todas las presiones, siento
» que me hallo á gusto y que he nacido, sólo
» para gozar y abrirme como surco
» de tierra bajo todas las semillas.
» ¿ En dónde acaba mi poder? ¡ Canciones
» salidas del rincón de mi cerebro,
» llenas de pensamientos, de esperanzas
» y de palpitaciones, en vosotras,
» ¿ qué cosa he puesto yo? ¿ qué cosa han puesto
» los anchos ríos, los alegres vientos
» y la amplitud del Universo todo?
» ¿ Sería bello sin mi canto el mundo
» y mis canciones sin el mundo grandes?
» ¡ Caos, supremo Caos, Himeneo
» de todos los esposos! cada cosa
» guarda tu imagen y ninguna vive

» sin reflejarte á tí. ¿Dónde comienza
 » lo que vosotros me inspiráis, sombríos
 » muros de mi jardín, sobre los cuales
 » caen, como en catarata, abiertas rosas,
 » colgantes alelúes y rocíos
 » de olorosos jazmines? ¿Dónde, amada
 » mujer de grandes ojos, se terminan
 » la pasión que me inspiras y la inmensa
 » que echo yo sobre tí, gratuitamente
 » sin que tú puedas ni apreciarla? ¿Dónde
 » dejo yo de ser yo y el Universo
 » á mis ojos se ofrece solitario
 » sin ser modificado por mis ojos,
 » sin que como la esfinge del desierto,
 » sobre él se yerga eternamente activo
 » mi propio pensamiento interrogándome?»

¡Caos, sublime padre! En tus entrañas
 como en la inmensa atmósfera residen
 todas las criaturas de la Tierra.
 ¡Bendiciones á tí; constante gloria
 á todos los nacidos de tu seno!
 — Y al que se aísla y al que cierra impío
 sus ventanas al aire de los campos,
 y al que para encender sus propias luces
 no acude á los olivos de los huertos,
 que la luz se le apague, y su vivienda
 sea como sepulcro, y las mujeres
 le nieguen sus abrazos! — Entre tanto
 hagamos nuestras obras, Padre Caos,
 como las aves que al hacer su nido
 pajas, hierbas y plumas aprovechan!



índice

	Págs.
Prólogo	5
El Himno del Gladiador	9
El Monstruo	12
Versos acanallados	16
Himno á Memnón	19
La conquista de la vida	22
La Adoración de los Reyes	26
La Canción de las Máscaras	29
Canto á los Viejos	33
El Templo en ruinas	37
La Buena Nueva	41
Brindis	46
La Voz del Torrente	49
La Canción de las Naranjas	52
El Rey Herodes	55
La mujer fuerte	58
Las Hogueras	61
Los Campos	65
Las Iglesias	68
Los Sepulcros	72
La Canción del buen hombre	76
Paisaje	81
Himno á la Alegría	85
La Canción de las Olas	89
Oración de Eva	93
A las Montañas. — Oración	96

» sin reflejarte á tí. ¿Dónde comienza
 » lo que vosotros me inspiráis, sombríos
 » muros de mi jardín, sobre los cuales
 » caen, como en catarata, abiertas rosas,
 » colgantes alelúes y rocíos
 » de olorosos jazmines? ¿Dónde, amada
 » mujer de grandes ojos, se terminan
 » la pasión que me inspiras y la inmensa
 » que echo yo sobre tí, gratuitamente
 » sin que tú puedas ni apreciarla? ¿Dónde
 » dejo yo de ser yo y el Universo
 » á mis ojos se ofrece solitario
 » sin ser modificado por mis ojos,
 » sin que como la esfinge del desierto,
 » sobre él se yerga eternamente activo
 » mi propio pensamiento interrogándome?»

¡Caos, sublime padre! En tus entrañas
 como en la inmensa atmósfera residen
 todas las criaturas de la Tierra.

¡Bendiciones á tí; constante gloria
 á todos los nacidos de tu seno!

— Y al que se aísla y al que cierra impío
 sus ventanas al aire de los campos,

y al que para encender sus propias luces

no acude á los olivos de los huertos,
 que la luz se le apague, y su vivienda

sea como sepulcro, y las mujeres

le nieguen sus abrazos! — Entre tanto

hagamos nuestras obras, Padre Caos,

como las aves que al hacer su nido

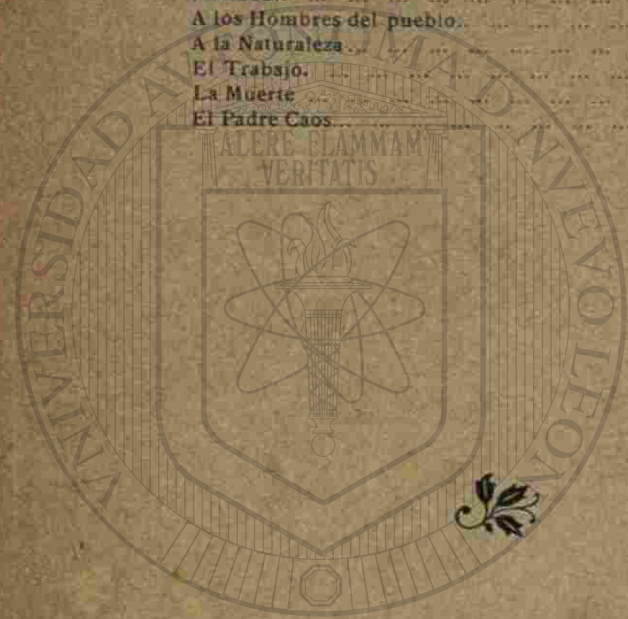
pajas, hierbas y plumas aprovechan!



índice

	Págs.
Prólogo	5
El Himno del Gladiador	9
El Monstruo	12
Versos acanallados	16
Himno á Memnón	19
La conquista de la vida	22
La Adoración de los Reyes	26
La Canción de las Máscaras	29
Canto á los Viejos	33
El Templo en ruinas	37
La Buena Nueva	41
Brindis	46
La Voz del Torrente	49
La Canción de las Naranjas	52
El Rey Herodes	55
La mujer fuerte	58
Las Hogueras	61
Los Campos	65
Las Iglesias	68
Los Sepulcros	72
La Canción del buen hombre	76
Paisaje	81
Himno á la Alegría	85
La Canción de las Olas	89
Oración de Eva	93
A las Montañas. — Oración	96

	<u>Página</u>
La Canción de la Sangre	100
Las Nieblas	104
La Corona	107
Navidad	111
A los Hombres del pueblo	115
A la Naturaleza	119
El Trabajo	122
La Muerte	126
El Padre Caos	129



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PO
.A
03